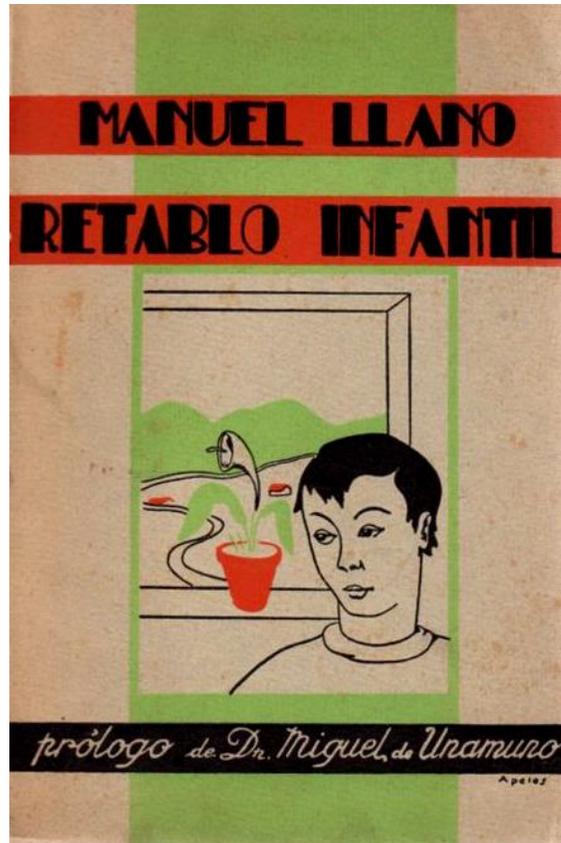


RETABLO INFANTIL
Manuel Llano



Índice

<i>Prólogo</i>	2
<i>Portal</i>	5
<i>Ambiente</i>	8
<i>Recuerdos</i>	11
<i>Dos semblantes</i>	13
<i>Tía Esperanza</i>	17
<i>Raposo</i>	20
<i>Salín, el ciego</i>	26
<i>Malvina, la loca</i>	29
<i>Vanidad</i>	32
<i>El lobo verde</i>	36
<i>Don Anselmo</i>	38
<i>El miedo</i>	42
<i>El sabio</i>	44

Prólogo

En el verano del año próximo pasado, el de 1934, hallándome en la Universidad de Verano de la Magdalena, de Santander, se me llegó mi buen amigo José María de Cossío, el de la casona de Tudanca, –la Tablanca de “Peñas Arriba” de Pereda– donde había yo vivido años antes algunos de mis días más íntimos y más densos, y me habló de Manuel Llano y de su obra literaria, y más que literaria poética, en prosa. Me hizo leer “Brañaflor” y “La Braña” y quedé, no prendado, sino prendido, de esa obra. Y luego del autor, al conocerle y al mejer mi mirada con la mirada de Llano. Hacía tiempo que no había recibido yo una tan honda y entrañada impresión de un joven. ¿Joven? No; mejor será decir de un niño, fuere cual fuese su edad. Un niño más que maduro por experiencia de vida. Y yo un viejo añinado ya.

«La niñez es la antigüedad del alma» proclamaba yo por aquellos días en la Magdalena al leer y comentar mi drama “El Hermano Juan”. Y en la obra como en el espíritu de Llano respiré siglos quietos de niñez antigua, de antigüedad niña. De una niñez montañesa, mítica y trágica, amasada con entrañas de montaña.

Por ella pasan –y quedan– vidas quebradas, resignadas, doloridas, de inválidos, de desvalidos, de inocentes, de maniáticos. Todo un mundo brizado por el rumor del río Nansa, que, peñas abajo, va a morirse en la mar. Aquel pobre tío Victoriano que va por el mundo a mendigar para su nieta y al volver trayéndola, amén de mendrugos, una cinta y una muñeca, se encuentra con que la llevan a enterrar. ¡Aquél hidalgo don Francisco, «con su bastón negro, con su levita recosida, con su sombrero lleno de agujeritos en las alas», que vive de una vaca rubia, y oculta su miseria y de noche hace hurtos inocentes! Y tantos más.

Y en torno de todo esto, animándolo, otro mundo –el otro mundo– un mundo de mitos, y fábulas, y leyendas –lo que se llama ahora folklore– en que se barajan el ojáncano (especie de cíclope), las anjanas, el trasgu, la guajona, el arquetu... ¡qué sé yo! Un otro mundo entre homérico –pagano– y bíblico –precristiano–. Y para revelárnoslo una lengua también, a su modo, entre homérica y bíblica, una lengua de niñez secular, antigua, y de mañana y de siempre.

Pues lo que más me ganó y prendió a la obra de Llano fue su más íntimo fondo –el fondo de su fondo– o sea su lengua. Llano tiene más y mejor que el conocimiento de la lengua castellana montañesa; tiene el sentimiento de ella. Leyéndole dejé de señalar vocablos, giros, frases, ritmos sobre todo, para abandonarme al encanto de su dicción. Y al final de su “Brañaflor” escribí –con lápiz– esto:

*Palabra que oí de niño
y no he vuelto más a oír;
palabra toda cariño
que le hace al sueño dormir.
Cuento fresco como el alba
cuando el sol va a despuntar,
cuento sin fin que nos salva,
cuento de nunca acabar...*

Recordé mi estancia, años atrás, en Tudanca, y esto me trajo a Pereda, uno de cuyos primeros libros –no sé si el primero– prologó mi paisano –y aun tanto más de él– el vizcaíno

encartado –montañés– Trueba, el de Montellano, el campesino. ¿Y Pereda? Pereda era más bien costero y callejero, de las calles de Santander que dan a la mar. Vio la montaña y la braña con ojos de lince y retentiva de cámara oscura más que la sintió con pecho infantil. Y la expresó con cierta castiza retórica urbana. ¡Qué diferencia de sus evocaciones de la mar en “Sotileza” a las de la montaña en “Peñas Arriba”! Yo le arranqué, aquí, en Salamanca, a orillas del Tormes, la confesión de que no le gustaba el campo. Hombre de la tradición literaria de Amós de Escalante, de Evaristo Silió, de don Marcelino, de los literatos profesionales de un mundo santanderino más que montañés. En cambio el de Llano me recordaba el de aquella Tudanca, en que el maestro, Escolástico, hacía salir a los niños de la escuela a ver pasar las vacas. Los tipos de Pereda están burilados por un hombre de letras y... de luchas políticas además. Los de Llano nos llegan, peñas abajo, desde las nubes de las cumbres, donde moran las anjanas y los zorros blancos y las mozas del agua, envueltos en la melancólica neblina de una antigüedad infantil, de una infancia antigua. Así los vi con mis anteojos, que son como los anteojos del tío Ángel el del relato “El sabio” que figura en este libro que prologo. Y conste que nada me ha molestado más que el que me llamaran sabio. Pues fuera del campo, en las ciudades, y sobre todo en las universitarias, suena, o mejor: ¡sabe eso tan mal!

Entonces me ofrecí espontáneamente a Llano a presentarle a mi público y aquí estoy a cumplir mi ofrecimiento.

Y ahora ¿qué voy a deciros, lectores, sobre lo que vais a leer en este “Retablo Infantil”? ¿Qué del pobre viejo niño loco “Don Anselmo” con su levita –¡estos pobres hidalgos campesinos de levita raída!– que entretiene a los niños? ¿Qué de la tía Esperanza? ¿Qué de todo este mundo? Y sobre todo a ver si encontráis alguna de esas palabras de cosas, de visiones, que no habéis oído después de la niñez y que os vuelven a ella, y a ver si vuelve a prenderos el cuento de nunca acabar. A oír los sonos de la flauta de piedra. Que –nos dice Llano– «sólo la podían oír los pastores viejos, los caminantes que tenían hijos, los mozos que tenían hermanos pequeños». Y a cultivar la antigüedad del alma. Que esto es clasicismo.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, setiembre de 1935.

Una remembranza de lirios o de espinos infantiles es lo mismo que un pico suave de paloma desbaratando el nido de unos cuervos; recuperar bienes perdidos en los caminos del vicio, del pecado, de la mentira, de la vanidad, de la envidia; tener cerca una palmera y una fuente; regresar a la paz de la conciencia, al gusto del pan de la tarde, al sabor de los besos de la mañana al despertar... Es lo mismo que salir de las manos de un malvado y sentarse a descansar en las rodillas de un patriarca...

Portal

1

Los ojos están tomando una larga parva de matices y se embriagan en un contento insaciable. El campo tiene colorido de licores. Lo zarco lejano y lo verde próximo, los puntos amarillos, anaranjados, rojos, blancos, salpicando cuevas de pastizales, agreos pindios, praderas, seles rapados entre escajo y rozo. La malva, la miera, la manzanilla, la mayueta, que parece brasa adornando verdes intensos. Los ojos van de acá para allá oteando colores vegetales, bordados del mantillo del valle y del monte. Se siente uno contento entre estas pinturas de Dios, vistiendo roca, atenuando maleza, embelleciendo orillas de caminos, ruinas, bocas de cuevas, nacimiento de fuentes frías, hondones, somos, coteras. El sentimiento ahora nada más que vive para lo artístico natural del paisaje. Se olvida al hombre. El hombre no importa en estas gulas de los ojos contemplando yerbas, lirios silvestres, tomillos, carquejas humildes. Ahora piensa uno que la vida es buena y dulce, sin una gota de tuera, sin cizaña, sin cicuta. El aire, transparente y vivo, brezando quimas, arbustos, árgomas negras y retorcidas como malas conciencias, parece que limpia y refresca el ánimo y se lleva recuerdos. Esta pureza del campo puede más que el sinsabor, la vanidad, la ambición. Su rumor es conjuro de paz, de olvido, de alegría; saeta que mata pensamientos de abajo, del mundo. Va uno pisando poesía y respirando esas palabras de aire y de hojas que dicen los abedules, los robles, los fresnos. Ni una sombra en el espíritu, ni un mal gesto, ni una mirada que no sea mansa.

2

El campo borra discordia secreta, enfado, memorias que serían como sorpresas dañinas en nuestro paseo, lejos del cemento, de las altas grúas, del humacho de los barcos manchando el cielo. Va naciendo en el entendimiento un concepto amable de la vida, como cuando los hombres se embriagan un poco en una fiesta de familia. Según va andando uno por estos surcos resecos, que en el invierno son pequeños torrentes, se piensa nada más que en eso, en que la vida es bondadosa, fácil, divertida. En estos momentos duermen, se apaciguan, no dicen nada las otras

realidades. Cada paso es una alabanza al campo y a la vida. Los ojos se encuentran con belleza en cualquier parte que miren. Es como cuando contemplamos un espino y nada más que nos fijamos en sus flores blancas. Debajo de la flor está la verdad amarga, la púa, lo que araña y hiere, pero no lo vemos. El campo es la flor, y la vida es el espino. Ahora la vida nos parece blanca y hermosa. Cada malva es una sonrisa de la tierra. Allí suena un aletazo, un manantial, un retumbido de hacha, un arpegio riante. Todo contribuye ahora a nuestra felicidad. El insecto, el pájaro, el viento, el agua errante, el mugido, los cencerros, nos parecen palabras cantadas del monte, conversaciones líricas del aire y de los árboles, órgano, flauta, rezo o algarabía, leyenda infantil o narración dramática gesticulando en las quimas. Nos rodean colores y rumores de paraíso. El alma siente contagios de matices y se viste de optimismo de Naturaleza. El alma es ahora ánfora, cuenco, tarreña, donde destilan sus esencias las manzanillas, las hojas romeras, los grosellares, los ababoles. La vida es buena, la vida es fácil, la vida no es huraña ni falsa...

3

Va uno descendiendo por estas arrugas del viejo semblante del monte. Un hombre andando por el monte es más insignificante que una hormiga recorriendo la cara de un pastor dormido. Ya está el pueblo a un tiro de piedra. Dejamos la vida de la Naturaleza y nos encontramos con la vida del hombre. El campanario da sensación de abad predicando en un púlpito de piedra, al aire libre. Las troneras dan sensación de cuencas sin ojos, de caperuzas, de cabañas en una pendiente roja. Por allí va un hombre con un gran madero seco a cuestas. Es un viejo que casi no puede andar. Se coge rabia al madero. Y le compara uno con la injusticia que unos hombres echan encima de otros hombres. La vida es mala, la vida es difícil, la vida es huraña y falsa. ¿No decíamos antes que la vida es buena y fácil? Una voz grita colérica, no sé por qué. Allí disputan dos mujeres. La una es vieja y la otra es joven. La una tiene el rostro de manzana, y la otra de nuez seca. En esto se diferencian la vejez y la juventud. El humo de los años le pone a uno la cara así, de nuez seca. La joven llora, como avergonzada. No es llanto de pena, de ira, de melancolía, de deseo que no se puede lograr. No llora lo mismo la melancolía que el pesar, ni el orgullo desairado lo mismo que la sencillez herida. Es llanto de vergüenza, de vergüenza. Los ventanos son los catalejos de las casas. Todos miran por ellos la ira de la vieja y la vergüenza de la moza. Puede ser el pecado de un amor, de un engaño, de una pobre

ingenuidad vencida por una malicia con apariencia de cariño. Unas devotas cuchichean en una esquina.

4

En el pueblo trajinan las azuelas, los martillos del dalle, las ruedas alfareras, las fraguas que resoplan como muchas lechuzas juntas. Ahora piensa uno que la vida es cansancio. En un banco de piedra, mirando hacia la parte del ábrego, toma el sol un joven flaco y amarillo, arrecostado en la fachada morena. Un día se marchó del pueblo lejos, lejos, a la otra orilla del mar. Y volvió así, flaco y amarillo. Cuando se marcha uno a la otra orilla remota del mar y se vuelve pobre, la gente suele reírse, mirando por los catalejos de los ventanos. La vida no es buena, la vida tiene garfios para colgar ilusiones; tiene navajas, dogales, horcas. Un viejo con un madero, una joven que llora de vergüenza, un mozo amarillo y flaco en un banco, que parece un féretro de piedra, esperando. Pasa un ciego con su guitarra. ¿Cuántos años tendrá su sombrero? Su lazarilla tiene cara de madre a la que se le han muerto todos los hijos en los caminos, en los pajares, en las estepas. Pasa un hombre con un palo al hombro y en el palo, colgado, un pequeño atadizo. ¿Adónde va el buen hombre? No lo sabe, no sabe a dónde va. Cansancio y polvo, ganas de pan, quizá ganas de vino para olvidar. La carretera es un enigma. En sus orillas están las cárceles y los hospitales. Sabe Dios dónde caerá este hombre, que no sabe a dónde va. Todo contribuye ahora a nuestro disgusto: las clavijas de la guitarra del ciego, el polvo que levantan esos pasos, el ruido de la alfarería, el camino.

Mi Retablo Infantil es eso: recuerdos de monte y de pueblo; memorias de malvas, de caminos de ovejas, de chozas, de colores silvestres, de felicidad, de tristeza, de almas, de semblantes...

Ambiente

1

Si cada casa -pesadumbre y vejera de piedra- es como una estancia de museo, señor.

Empieza uno por el picaporte, negro de ventisca y de resoles, de vendavales y de días buenos. El picaporte, templado hace ya muchos vientos y muchas sementeras en la lumbre de la tejavana torcida del herrero, artista sarroso y analfabeto. El picaporte, imitando una mano ancha y larga con dedos afilados y uñas recortaditas de hidalga consumida; imitando una cruz con un pico de paloma; un dragón con cara de siervo bueno, un pez, la cabeza de un toro, el semblante de una santa de ermita, el borceguí de un niño andariego y pobre, la sandalia de un peregrino.

Se abre la puerta con lentitud y chillido de goznes y ve uno las abarcas, en ringlera, ante los escalones, como «unas viejas a la puerta con la boca abierta». Ingenio humilde y antiguo en esos pequeños tajos de madera que resuenan en las calles -cercas que parecen garabatos de cantos, fachadas que siempre parece que se van a caer-, que resuenan en las calles como ruido natural del ambiente, lo mismo que el aire, los pájaros, los insectos...

Un pueblo sin abarcas, sin su ruido peculiar, sin su repiqueteo en la piedra, en las raíces gordas y descarnadas, que parecen las costillas de los senderos, en una puenta larga y estrecha, es lo mismo que el monte sin sus rumores fundamentales: el ave, el arroyo, el balido, el aire cantando en las quimas. Las abarcas, tan duras y tan ligeras, con su color bermejo, con su color de miel añeja, de helecho seco, de hueso polvoriento, de esclavina de capellán, de bronce limpio. Geometría sencilla y primitiva en la madera de raíz y de tronco de las abarcas. Líneas finas, onduladas, rectas, enérgicas, temblorosas, que han puesto allí la paciencia y la punta de la navaja, dale que dale, mientras se canta o se suspira, mientras se piensa en un enojo o en un contentamiento, en un hijo, en una mujer, en una feria, en una novena, en las cosas diversas y antagónicas en que piensan los hombres todos los días con sus polos de infierno y de paraíso, de nube y de tierra, de lucero y de gusano...

Y el rastrillo, arrimado a la pared, con el adorno de las sus flechas pintadas, con sus espigas, con sus ramas entrelazadas, con sus hojas pintadas y redondas.

El bígaro de asta, colgado de un pino. El bígaro de asta que tiene huellas estéticas, también de punta de navaja o de punzón candente. Bígaros torcidos con siluetas de animales

monteses, con estrellas de cinco puntas, con miniaturas de pájaras pintas, de espadañas, de cascabeles.

Y el palo pastoral con la gracia de los sus nudos, con las rayas, con los puntitos inocentes que ha discurrido, en su ocio, la vejez, la juventud, la infancia que se desenvuelve oyendo los campanos, los azores, las avefrías, los mugidos, las tórtolas, los arroyos que bajan conversando jovialmente con las peñas y los árboles, siempre tan contentos y tan alegres con el romance de sus aguas vivas.

2

En el portal hay un banco de respaldo oblicuo. El tallista de la aldea ha labrado en la espaldera una cara de bobo, un rostro ancho y rollizo de santo con su nimbo, una víbora con semblante de mujer, una alimaña con cara de hombre, una cordera con rostro de niño, como si el artista hubiera querido representar así su filosofía y su concepto de almas y de pensamientos.

Bancos humorísticos con hombrecitos que se llevan una jarra a los labios, con mendigos jorobados que dan sensación de tambaleo, con ancianos que tienen malicia en los ojos, con viejas bailando, con raposos tocando la flauta, con osos tocando el tambor. Bancos dramáticos con tres cruces en una colina, con una línea quebrada de centella en un cielo chiquitín que parece el fondo invertido de una caldera negra. Bancos poéticos con un pequeño y tímido balbuceo de égloga, con unos troncos de cerezo, con un niño tañendo un rabelín, con una moza pensativa a la vera de un rosal. Bancos barrocos con mescolanza de ramos, de alas, de yedras, de hojas... Diversidad de modos en lo estético. Maneras y aficiones de temperamentos optimistas, supersticiosos, místicos, pícaros, burlones, sentimentales.

3

En aquella mesa hay una medida de celemín con una escena angustiosa del calvario del Señor en un huerto de olivos. Más allá, un almirez redondo, de quima gorda de tejo con dibujos de campanas, de trébedes, de puertas de capilla. Y lo escueto del cantarero, la corza labrada en la tarabilla de la ventana, el picayo reluciente de mesar la yerba, las rúbricas, las letras, los

garabatos marcados en los grandes esquilones de las vacas. Arte en el alfitero, en el yugo macizo de la yunta, en las sillitas bajas de listones morenos de humo... Un almirez amarillo con unas cuantas manchas cárdenas, un cuadro que representa las murallas de Jericó y unas largas trompetas bíblicas, una pila de agua bendita hecha de madera de fresno por un pastor que murió hace cien años. Ruecas blancas, amarillas, azules. Faltriqueras antiguas de sayal con unas rosas bordadas, con su cordoncito de seda, con sus picos ribeteados de terciopelo verde. Flautas de nogal con lagartijas y cuclillos labrados. Cuentos antiguos con dibujos temblorosos de mano vieja imitando golondrinas, campanas, zurrones, cabezas de chivos rubios ...

Recuerdos

1

Yo me recuerdo mucho de la rueca, del butrón que poníamos en el río, de la argolla de las abarcas, de la legra, de la cebilla de las vacas, de los números y de las letras que grabábamos con punta de navaja en la corteza de los nogales, de las encinas, de los fresnos, para pasar el rato; de los golpecitos de la azuela, del retintín de las campanillas, de los techos de terrones de las cabañas, de las tarreñas, de los rabeles, de las trigueras, de los adrales, de los almireces, de los martillos de picar el dalle, de los bígaros, de los cayados, con sus adornos de rayitas cruzadas, con sus regatones redondeados y pulidos.

Me recuerdo muy a menudo de aquel anciano que marcaba con punta de cuchillo una cabecita de corzo en la panza de una jarra de abedul. De aquel otro que refinaba un cuenco con un pedazo de vidrio y le adornaba con unas líneas labradas imitando las alas de un azor, el pico de un arrendajo, la cabeza lista de una raposa, el tobillo fino de una pata de cabra. Me recuerdo del movimiento del cedazo en las manos de mi madre, de la rueda del molino, de las flautas de rama de nogal verde que hacíamos los niños en el mes de abril, de la yesca y de la piedra de lumbre, de las escudillas de pitano rojo, de la masera, de las picayas de los viejos, de los zurrones, de las pellizas, de las hondas, del modo de repicar las campanas, del nombre que dábamos a las nubes cuando parecían lana cardada o franjas negras o montes nevados con bordes brillantes..., de cuando decíamos que la luna roja barruntaba viento, y la luna blanca sereno y la luna descolorida vendaval. Y de aquella viejecita que contaba las aventuras de los arrieros, las picardías de la rámica, la leyenda del hombre que se convirtió en piedra, cómo engañó la zorra al cuervo, el milagro del árbol que empezó a gemir y a sacudir las ramas como si fueran brazos cuando le estaban golpeando con el hacha. Y del viejo que ponía trampas a la raposa y del que hacía bieldos y horcas para el trigo de allá abajo. No puedo olvidar el golpe del cache en la brilla, el aire que levantaban las panderetas, los escarpines de sayal, los respuntes de las blusas azules y pardas, las calderas, los maquileros, los celemines, las cucharas de madera de tejo, los grandes campanos que tocábamos la mañana del Antruido, la cuchara de revolver las pulientas. Me recuerdo del alfilerito, de los sarzos de varas, de las tenazas para abrir los erizos de las castañas, de los candiles picudos, de la caña con que soplábamos la lumbre, del redondel negro de las

magostas, de los acericos, de los barajones para andar por la nieve, de las carlancas de los mastines, de los yugos, de los papeles y de los libros viejos guardados en la alacena del cuarto o en la arcona del desván, de la cavilación de las adivinanzas, del empleo de las malvas, de las hojas de laurel, de las yerbas llenas de rocío, de la colodra, del pitano del cántaro, de las varas retorcidas de la estirpia, del nombre que dábamos a aquella estrella, a aquellas nubes amontonadas, a la roca picuda de aquella cumbre. Y de las trovas tristes, de las trovas alegres que hacían los vaqueros según iban caminando por los seles, por los pernales, por las vallejas del monte, por las lombas, hacia las majadas...

2

Recuerdos de colinas, de molinos rotos, de cercas de zarzamora y de espino, de portales anchos, de seles. Memorias de mirlos, de molares de piedra, de ojos grandes y dóciles de vacas duendas, de chasquidos de ramitas nuevas, de plumas lucientes de azores. Y también recuerdos profundos de vientos, de escajos, de borona dura, de cansancios, de fríos, de ventiscas, de grandes impacencias. La poesía y lo dramático como un rosal y un espino, como una romería y como un embargo, como una corza y un lobo. Aguas de remansito redondo de fuente montés, en mis recuerdos. Aguas de torrentes, que son los baladros sordos de las hoces pindias, estrechas, que se llevan rutando todo el invierno como enfado de mito malo escondido entre las peñas. El cantar de un arrendajo me parecía el ruido de un cerrojo. Y meditaba en el motivo de esta extraña semejanza hasta que el pájaro se echaba a volar repentinamente. Pensamientos cautivos en el rumor de unas hojas, en el repiqueteo de unas abarcas que se acercaban, en los saltos de un perro barcino, en el glu-glu constante del agua. Sensaciones aderezadas con ruido de vendaval, con vientos fríos de tramontana, con remolinos de nieve, con lluvias finas del mes de abril, con arpegios, con colores de brezos, de malva, de rozo, de lastra, de sendera, de paisaje quemado en el otoño...

El arado pintando líneas morenas, haciendo paisaje de labranza. El dalle borrando el verde intenso del prado, cambiando el matiz, tallando el relieve del lombillo. Y la azuela con su peto brillante, trajinando, imitando los picotazos de las aves en un trozo de nogal, de haya, de alisa encarnada que luego se convertía en una colodra, en una abarca, en un talo redondo, en una masera pequeñita de cabaña, en las cambas de una rueda, en una zapita picuda de boca redonda...

Dos semblantes

1

La casa de don Fernando tenía la solana pintada de azul, las paredes blancas, los balcones limpios, la chimenea amarilla. Y sin embargo, a mí me parecía hosca y fea, porque siempre que la contemplaba veía en ella el semblante de su dueño, siempre con un gesto de disgusto, de enojo, de desprecio... Cerca estaba la casa de don Juan Manuel, renegrida, enclenque, con el corredor torcido y los cristales polvorientos y rotos. Eran unas paredes feas que a mí me parecían muy guapas, porque también veía en ellas el semblante de su dueño, siempre con un gesto cariñoso, caritativo, complaciente para con el niño, el pobre, el viejo...

2

Don Fernando nada más que ponía buena cara a las mozas. Y yo no comprendía por qué don Fernando, tan serio, tan impasible, tan gruñón con las viejas, con los niños, con los hombres, con las vacas, ponía tan buena cara a las mozas y las pedía el cántaro para beber...

El crepúsculo vespertino es en la aldea el descanso de los cantareros, siempre tan húmedos y tan relucientes. Sus redondeles huecos se quedan solitarios como la colodra del segador cuando se saca la piedra puntiaguda y negra. El atardecer se ponía triste y don Fernando se ponía alegre. Tampoco yo comprendía por qué don Fernando, tan serio durante el día, se ponía tan alegre a la puesta del sol.

Yo pensaba en estas cosas, y era lo mismo que cuando oía al señor cura aquel lenguaje de los bautizos, de las vísperas, de los entierros...

Tío Jacobo, que no hablaba nunca ni en el pórtico de la parroquia, ni en el concejo, ni en la deshoja de las mazorcas, parecía una cítola los domingos por la tarde cuando estaba en la taberna. Hablaba y hablaba sin parar, como un predicador, como el tío de las baratijas, como tía Encarnación la costurera, que tenía los ojos de corza vieja y todo el día estaba dale que dale con la aguja y con la lengua. ¿Por qué tío Jacobo, que tenía cara de gitano y ojos de demonio o de lobo, nada más que hablaba las tardes dominicales, ante la jarra, sentado en el banco largo y bajito de la taberna? Todo era enigma para mi entendimiento niño, infeliz. Tía Rosaura reñía mucho, alzaba los brazos y los movía en el aire muy de prisa. Tiraba la masera, daba voces

cuando su marido, el calderero, se paraba en el camino, en el corral o al arrimo de una cerca a hablar con una mujer. Yo tampoco comprendía la desazón, las voces, los disparates que tía Rosaura hacía con la masera, con las ollas, con el cedazo, con las tenazas de la lumbre.

Pues con don Fernando me sucedía lo mismo. Iba por el camino de la fuente, con su levita negra, con sus zapatos amarillos, con su galero oscuro. La pipa le ahumaba la barba, que junto a la boca tenía un color de hebreo mustio y de panza de caldera de cobre. Iba serio, derecho como un cirial. La gente le saludaba desde las lindes próximas, desde los huertos, desde los portales, con mucha reverencia. Pasaba con la seriedad de todos los días, desdeñoso, dando vueltas y más vueltas al bastón, mirando hacia adelante, con la cabeza muy levantada, como los ciegos que pasaban por el pueblo, de vez en cuando, tocando la guitarra...

Por allí venía una moza con sus cántaros colorados. Don Fernando levantaba más la cabeza, sonriente, y pedía el cántaro a la moza. Su semblante se ponía alegre, daba unas palmaditas muy suaves y muy lentas en el carrillo de la muchacha, y seguía por el camino allá, secándose los labios con un pañuelo verde. El aire movía los picos de la levita. Continuaba andando, despacio, sin hacer caso del saludo de la gente que trabajaba en los huertos y en la mies. Por allí venía otra moza, también con los sus cántaros rojos, con los picos del pañuelo encima de la chambra, por el pecho abajo, y una ramita en la boca. Don Fernando la pedía el cántaro, arrimaba el pitano a los labios, la daba unas palmaditas suaves en los carrillos, como hacen las mujeres con la masa de la borona antes de ponerla a cocer en el lar o en la plancha negra de hierro. Volvía a secarse los labios con el pañuelo verde y seguía andando serio, sin mirar a los portales, al bardal, a las paredes. Se encontraba con otra moza y sucedía lo mismo. Yo no comprendía por qué don Fernando tenía tanta sed. ¡Madre de Dios, qué sed tiene don Fernando todas las tardes!, decía mi imaginación absorta, niña, infeliz, mirando los temblores del faldón de la levita, las vueltas del bastón, las grandes alas del galero, el humo de la pipa.

Pasaba una vieja y entonces don Fernando miraba a las nubes correntonas, a las sebes, al bardal, a los patos que se zambullían en el pequeño remanso del reguero. Don Fernando no la pedía el cántaro, ni sacaba el pañuelo verde, ni daba las palmaditas suaves en las mejillas. Detrás venía otra moza, y don Fernando, sonriente, volvía a beber mirando a los ojos de la muchacha, fijos en el suelo, como si la estuvieran riñendo...

La casa de don Juan Manuel, estropeada, con los cristales polvorientos y rotos, con los baraústes del corredor incompletos, me parecía muy guapa, muy guapa... Yo veía en ella la cara de su dueño, afable, fino, bondadoso. Venía el aguinaldo y tocábamos unas campanillas, unos cascabeles colgados en una ramita verde, unas panderetas pequeñas con santos pintados en el parche. Las caras viejas de las casas abrían los ojos de los sus ventanos para que las otras caras viejas nos vieran pasar: las caras de las hilanderas que ya no podían ni con la rueca; las caras de los pastores que ya no podían tirar el cayado a las cabras ariscas y desobedientes; la cara de color de badana, un poquitín ahumada, del capellán ciego, delgadito, que ya no decía misa. Don Juan Manuel nos daba las nueces secas, las manzanas del su desván, las avellanas de sus grandes talegas de cuero. La casa de don Fernando era nueva, blanca, con una solana larga y ancha, llena de jaulas donde cantaban los malvises, los tordos, las tórtolas. La chimenea amarilla siempre estaba echando humo. Las ventanas tenían unas cortinas bordadas que se parecían a la casulla que se ponía el señor cura en las fiestas de san Miguel y de Navidad. Y a mí cada vez me parecía más fea, porque siempre que la miraba veía en ella la cara de su dueño, seria, zafia, de mal cariz. ¡Y qué guapo, qué guapo el caserón de don Juan Manuel, con la tronera rota, con el alero torcido, con las puertas agrietadas! Venía el aguinaldo y venga de dar vueltas a las carracas, de sacudir el ramito de los cascabeles, de resbalar los dedos en el parche. Y venga de cantar y de rezar ante las puertas, que a mí me parecían las bocas de las casas, las unas abriéndose para sonreírnos, las otras abriéndose para despreciarnos.

Don Fernando nos espantaba como el milano a las palomas duendas. Salía a la solana y nos amenazaba con el puño, con la voz, con el bastón. Corríamos en tropel sobresaltado, enmudecían las carracas. Nada más que se oían las campanillas y los cascabeles que tocaban solos como en unas colleras según íbamos corriendo. Anselmo el cojo no podía correr y se paraba llorando, agarrado a su muleta, encorvadito como cuando a uno le van a tirar una piedra...

Llegaba la época calurosa de las romerías con los sus tamboriles. Los palillos escribían en el parche las viejas alegrías de mi pueblo. Venían las romerías con sus cestos de ciruelas, con sus trigueras de rosquillas blanquecinas, con sus cuévanos de cerezas. Don Fernando se ponía la levita azul, otros zapatos amarillos más relumbrantes, otro galero más luciente. El tamboril no paraba de repicar. Los dedos de los bailarines hacían unos chasquidos secos, como cuando se echa al perro de la cocina o del portal. Una moza miraba las gargantillas que vendía un hombre de cara roja, alto y flaco, de pelo revuelto como lana de oveja. Don Fernando la regalaba la gargantilla y ponía la misma cara que cuando pedía el cántaro para beber. Otra moza se quedaba mirando los percales que tenía el baratijero en su carro azul. Don Fernando también regalaba el percal a la moza. Donde las mozas ponían los ojos, allí sonaban las monedas de don Fernando. Después se reían a escondidas, enseñándose unas a otras las sortijas, las gargantillas, el percal. Yo tenía envidia. Yo quería ser moza para probar aquellas ciruelas grandes, aquellas cerezas, aquellas fresas que parecían montones de brasas; para hacerme blusas y delantales con aquel percal. Otras veces quería ser hijo del herrero, que tenía la barba negra como pico de cuervo, para divertirme haciendo sonar el yunque; hijo del médico para montar a caballo; hijo del mayoral para ir en el pescante de la diligencia y hacer triscar la tralla; hijo del campanero para repicar las campanas; hermano del sacristán para beber en las vinajeras.

Y entre estos deseos inocentes, yo no comprendía por qué don Fernando regalaba a las mozas de la romería y las pedía el cántaro tantísimas veces al atardecer, después de pasar por los labios su pañuelo verde. Venía la noche y yo pensaba en estas cosas, con los brazos apoyados en la barandilla del corredor, viendo como tiritaban las estrellas. Algunas veces, la luna parecía una hoz de oro, una borona recién cocida...

Tía Esperanza

–Dígale ustedé, señor maestru, que yo estoy muy bien; que enciendo la lumbre todos los días; que la oveja negra tuvo un corderu; que los piescos maduros los llevé a la feria de san Miguel; que vendí la lana por doscientos riales... Dígale que por mí no se apure... Dígale ustedé, señor maestru, que el aceite no me falta de la aceitera, que la harina no me falta de la talega...

Tía Esperanza iba de vez en cuando a la escuela con su cestito de mimbres amarillos, con su picaya torcida. Tía Esperanza, menuda, flaca, pedía limosna en los pueblos de la comarca, hiciera frío o hiciera calor, y vivía en una casa desbaratada, en la orilla del río, cerca de los álamos del molino. Todas las mañanitas salía tía Esperanza con su cesta y su picaya, santiguándose muchas veces en el portal, mirando hacia la parte de la iglesia. Tenía a su único hijo en La Habana. Pero el hijo, según oía yo en la cocina de mi casa, en el portal de la parroquia, en la mies, en los prados, no mandaba dinero a tía Esperanza porque en La Habana no encontraba yerba que segar, leña que partir, tierra que labrar, ni ovejas de las que ser pastor, ni amo a quien servir...

Tía Esperanza no tenía vacas, ni ovejas, ni gallinas, ni lana para vender, ni harina para amasar. Yo no comprendía aquellas mentiras que decía, de vez en cuando, al señor maestro, agachadita, quieta, ante la mesa de la escribanía. El señor maestro nos decía que no mintiéramos, que fuéramos dóciles, que no levantáramos falsos testimonios, que dejáramos en paz a los pájaros, a los perros, a los árboles. Nos reñía cuando nos descubría alguna mentira, alguna desobediencia, algún robo en los manzanos, en los castaños, en los nogales. Y a mí me extrañaba que no riñera a tía Esperanza cuando le decía aquellas mentiras de los doscientos reales de la lana, del cordero de la oveja negra, del aceite de la aceitera.

–Dígale ustedé, señor maestru, que me sobra la leña para la lumbre; que me abunda el maíz en el desván; que tengo güena harina para todo el año; que por mí no se apure, que yo estoy muy bien...

El señor maestro se ponía muy triste y escribía lo que le decía tía Esperanza. El invierno nada más que hacía llamar en las ventanas de la escuela con las voces del viento, echando puñados de cellisca en los cristales. Todos estábamos descalzos, encogidos, temblando, en los

bancos duros, pensando en la lumbre, en la borona caliente, en las escudillas de leche, en el toque de las campanas al mediodía cuando dejaba de sonar la rueda vieja y grande del alfarero.

La pluma del señor maestro rasgueaba en el papel como cuando nos rompíamos la blusa en una quima de cerezo, en un árgoma, en un bardal... Tía Esperanza, agachadita, con la picaya colgada del brazo, mirando cómo corría la pluma, nada más que hacía suspirar como las viejas de la novena. Después volvía a decir más mentiras al señor maestro, que la miraba con mucha compasión con la pluma en la mano, esperando...

—Dígale usted, señor maestru, que por mí no se apure; que yo estoy muy contenta con las mis gallinas y con las mis ovejas; que en el mes de abril compré veinte celemines de harina blanca de trigo, unas varas de lienzo azul para hacerme una chaqueta y unas sayas; un alfileru para las agujas y unos anteojos para poder coser, porque ya la vista se me cansa... Dígale que voy a comprar unas escudillas nuevas, un par de cobertores, dos gallinas pedresas de la mejor casta...

El señor maestro seguía escribiendo. A veces yo veía que se rascaba los párpados y le temblaban los labios, como cuando uno va a empezar a llorar. Las avefrías pasaban chillando por encima de la escuela. El viento no paraba de llamar a los cristales. Yo no comprendía aquellas mentiras de tía Esperanza ni la tristeza del señor maestro. Tía Esperanza no tenía alfileru nuevo, ni los veinte celemines de harina de trigo, ni unas varas de lienzo azul. Tía Esperanza se había quedado pobre, pedía en los portales, andaba por los pueblos con la su cestita, hiciera frío o hiciera calor. Su picaya llamaba en todas las puertas, su escudilla estaba rota, su gallinero vacío...

—No deje usted de decirle, señor maestru, por el amor de Dios y de su divina madre, que por mí no tenga pena, que a mí no me falta nada, que todavía me sobra para dar a los probes que llaman a la mi puerta; que ayer compré un pedazu de sayal para hacerme unos escarpines; que compré unas albarcas nuevas; que por mí no tenga pena...

El señor maestro seguía rascándose los párpados y le seguían temblando los labios. Se levantaba de la mesa de la escribanía y se iba unos instantes al cuarto de los libros, de los tinteros, de las pizarras, de los cuadernos. Y después volvía con los ojos muy colorados. Tía Esperanza esperaba agachadita, mirando los renglones negros, la campanilla de la escribanía, el crucifijo de la pared. Yo no comprendía por qué el señor maestro volvía del cuarto de los libros con los ojos encarnados.

Estábamos quietos, silenciosos, con los brazos cruzados sobre la cuestecita negra de los pupitres que a mí me parecía un pedacito de varga quemada en el otoño cuando los pastores

incendian el monte. Nada más que se oía el viento haciendo tintinear a los cristales rotos, y la voz de tía Esperanza que parecía que estaba rezando:

–Dígale que el invierno es muy frío; que ya está la nieve en la cotería de los fresnos y en la majada vieja; que la mi lumbre siempre está encendida; que las ovejas tienen yerba bastante en el establo; que yo estoy muy bien; que por mí no se apure ni tenga pena...

Yo no sabía qué pena se había metido de pronto en el alma del señor maestro. Los labios le temblaban más de prisa, abría y cerraba los ojos con presteza, iba agachando la cabeza como si se quedara dormido, poco a poco, al son del viento. Después se le caían unas lágrimas y los labios le tiritaban. Yo no comprendía por qué lloraba el maestro, con la cabeza agachada, con la pluma temblándole en la mano, con la cara descolorida. La pluma seguía rasgueando como cuando un pincho de árgoma, una quima, un bardal, me desgarraba la blusa...

Después, tía Esperanza, sin anteojos, sin cordero, sin harina en la masera, sin cobertores, sin gallinas pedreas, se marchaba despacito, con la carta en la mano, encorvadita, dando golpes en la tabla con su picaya de espino. El señor maestro volvía al cuarto de los libros y estaba allí un gran rato. Al salir tenía los ojos muy colorados y estaba todo el día triste, sin enfadarse con nuestro ruido, sin pegarnos con el puntero, pensativo, paseando de aquí para allá, mirando al suelo.

El invierno llamaba en la ventana con las voces de campanas, de bígaros, de tambores, de silbidos. Y seguía echando puñados y puñados de ventisca en los cristales...

Raposo

1

–Ya se llevaron las cabras, Gaspar...

–¿Ya se llevaron las cabras?

–Sí... ¡Ay Dios!... Y las ovejas.

–¿Y las ovejas?

Estaban los dos tumbados en el lindar, a la sombra del saúco solitario y ancho, cerca de la lera arenosa del río donde se cazaban las nutrias. Gaspar enredaba con los dedos en las yerbas. Y Benjamín, con la cara apoyada en las manos y los codos en la tierra, estaba triste y pensativo, recordando la pena de la mañana cuando oyó por última vez las campanillas de sus ovejas.

–Y mañana se llevan las vacas... Y yo no sé qué hacer para que no se entere mi madre... Ella siempre está con que no se vendan las vacas y mañana se las llevan... ¡Ay Dios!...

Gaspar seguía enredando con los dedos en las yerbas del lindar, arrancándolas, mordiéndolas, haciéndolas pedacitos con las uñas...

2

La casa de Benjamín ya no era como de antes. Desde que su padre empezó a ir a la taberna y al mesón del puente había cambiado todo. Ya habían embargado el agreo rojo del níspero, las hazas, con sebes de espinos, esparcidas en el valle, la tierra grande de la cambera del molino, la máquina segadora pintada de azul como las ventanas de la iglesia. Su padre era de antes laborioso, bueno y pacífico. Iba a las ferias y a los mercados y volvía muy contento con colleras nuevas para los bueyes rubios, bridas para el caballo del carricoche, campanos largos y estrechos para las cabras, yugos con las gamellas muy finas y relucientes. Y cuidaba los fresales y las colmenas del jardín. Siempre estaba contento poniendo armadijos a las martas, cazando en el monte, jugando a los bolos. Pero desde que empezó a ir a la taberna y al mesón del puente, se acabó todo. A veces se marchaba en la diligencia y tardaba en volver muchos días. Los fresales y las colmenas estaban abandonados. En los caminos del jardín crecían yerbajos y ortigas. Había despachado a Pedro el criado y a Mercedes la Roja, la que hacía los quesos, las mantecas, el

dulce de manzanas, los hormigos de leche, de miel y de harina con polvillo de canela. Y la madre estaba enferma de las desazones, en el sillón de la solana, muriéndose poco a poco, pidiendo a su marido que no vendiera las vacas, que las conservara para el hijo. Pero el marido no hacía caso. La miraba como si ya no la quisiera y se iba al mesón. El pobre Benjamín, cuando su padre estaba en casa, no se atrevía a jugar con la azuela, como de antes, en un trozo de rama gorda, verde, ni a silbar en el portal, ni a dar vueltas a la gran carraca amarilla, ni a sorber con ruido la leche de la tarreña. Se estaba quieto en la sala y se entretenía mirando los cuadros pequeñitos que representaban majadas, torrentes despeñándose, corzos, siegas...

La víspera se habían llevado el cuadro grande de la solana. Y aquellos otros cuadros pequeños de la pared del corredor representando centellas cayendo en un castillo, vuelos de cigüeñas, unas yeguas atravesando un río, unos pastores alrededor de una lumbre... El nuevo dueño de la huerta había cortado los abedules que su madre plantó de niña en las cuatro esquinas. No comprendía él por qué habían cortado los cuatro abedules, tan blancos y tan relucientes las noches de luna. Se lo preguntaba a Gaspar y tampoco lo sabía. Gaspar era travieso, ágil y tenía unas pecas que parecían granitos de cebada pegados en los carrillos.

Andaba siempre descalzo, con las perneras rotas, enseñando las rodillas, los pies llenos de barro. Su padre guardaba uno de los rebaños del pueblo. Muchas veces al volver a casa cuando las campanas repicaban al mediodía, encontraba a su madre dormida, arrecostada en los baraústes, con el frasco verde del aguardiente en el regazo. Esto indicaba a Gaspar que no había sido amasada la harina, que no había borona. Entonces miraba al monte. Y si veía el rebaño de su padre en un pastizal cercano, corría por el pueblo allá y llegaba a la ladera o al coterero antes que una liebre. Su padre le daba del compango frío de su zurrón y volvía al valle, despacio, bebiendo en todas las fuentes, masticando hojas verdes, tirando piedras a los pájaros. Cuando el rebaño estaba lejos, Gaspar, siempre contento y brincador, pensaba que había huevos en los aseladeros, manzanas en las huertas, jarras de leche en las ventanas bajas.

Las mujeres le llamaban Raposo desde los balcones y le tiraban con piedras desde los portales para espantarlo como a un milano. Pero él, con hambre, medio desnudo, siempre estaba contento. Muchas veces después de una paliza debajo de un peral, ante una ventana o en la puerta de un aseladero, parecía arrepentirse y pasaba por las calles arrimado a las paredes, flaco, oyendo sin volver la cabeza los insultos de las mujeres, de los muchachos, las piedras que rebotaban a su lado. Entonces si los maíces estaban altos se escondía entre ellos y comía panojas

verdes, calabazas, puñados de cizaña. O se hartaba de berros del río, de moras, de endrinas, de castañas. O hacía un ramo de flores silvestres y se le llevaba al señor cura para el altar de san Francisco. El señor cura se sonreía mirándole a los ojos, le daba unos suaves pescozones y un zoquete de pan. Otras veces se iba al monte donde veía la blancura de un rebaño de ovejas. Antes había cogido en la cocina chica y negra de su casa un cuenco pequeño y duro, escondiéndole en el seno. Su madre estaba arrecostada en los baraústes del corredor con el frasco verde del aguardiente en el regazo, o tumbada en el jergón de hoja, debajo de una pelliza vieja. Cuando llegaba al monte, cerca del rebaño, se escondía detrás de una peña, en un alto helechal, entre unos barrocos torcidos y apretados. Desde allí veía todo lo que hacía el pastor. Unas veces el pastor estaba tumbado como si estuviera contando las yerbas; otras veces remendaba abarcas con pedacitos de cuero o de lata, refinaba un cuenco recién hecho, descortezaba un palo de espino o dormía en la sombra con la boina o el sombrero tapándole la cara. Gaspar, arrastrándose, se iba acercando a las ovejas más alejadas del pastor. Y miraba sus ubres llenas, comparando las unas con las otras. El ovejero seguía trajinando o mirando a las yerbas o tapado el semblante con el viejo sombrero. Gaspar se aproximaba al rebaño, andando con las rodillas y con las manos. A los pocos instantes ya tenía sujeta entre sus piernas la pata de una oveja. Y empezaba a ordeñar de prisa, aturdido, repartiendo sus miradas entre la ubre y el pastor, hasta que el cuenco se llenaba...

3

Pero llegaba el invierno, sin panojas verdes, sin moras, sin endrinas, sin manzanas. El pobre Raposo no encontraba a menudo puertas propicias de aseladeros. Todo estaba frío y muerto en la mies y en los bardales. Su madre se pasaba muchos días desmelenada, con los ojos muy colorados, en el jergón de hoja, tapada con la vieja pelliza. Hasta que no volvía su padre al atardecer, mojado, temblando, no se hacía lumbre ni se cocía la borona.

Todo el día se le pasaba el pobre Gaspar en los portales de las casas deshabitadas, guarecido en el humilladero, cantando, haciendo mojones de nieve, rompiendo el hielo a pedradras. Al mediodía iba a casa de Benjamín. Se escondía en el cobertizo, debajo del carro, y lanzaba unos silbidos imitando cantar de pájaros o retorneo de chiflo de amolador. Después se estaba quieto, encogido, esperando. Al poco rato salía Benjamín con su blusa encarnada, con su

boina azul, con sus abarcas negras, que tenían unos picos labrados de tordo, una enramada, unas cabecitas de corderos. Llegaba al cobertizo y sacaba del seno un pedazo de pan. Gaspar alargaba el brazo, cogía el pan de la mano buena de su amigo y se iba de prisa sin decir nada, mordiéndole la corteza morena.

Al pasar frente a las huertas se encaramaba en la pared y echaba unos pedacitos a los perros guardianes para que le conocieran, para que no le ladraran en el verano cuando fuera a robar las manzanas...

4

Gaspar correspondía con mansedumbre al pan de Benjamín. Jamás cogía una pera de su huerta ni ordeñaba ubres de sus ovejas. Muchas veces le traía bastoncitos de espino dorados a fuego, niales con unos malvises de cría, grosellas del monte. Y en las disputas de sus juegos, Gaspar se dejaba zurrar, escondiendo la cara con las manos, aguantando los golpes, los arañazos, con la misma indiferencia que el frío y el hambre. Así pasaba la vida el pobre Raposo, pisando, descalzo, piedra, polvo, maleza, nieve, escajo. A veces cuando caminaba más tranquilo se veía sorprendido por unos pescozones fuertes que le hacían caer. No sabía por qué era aquello. Miraba desde el suelo la cara enojada de un hombre que le preguntaba lo que había hecho de su rastrillo, de su maquilero, de su triguera. Él no sabía nada del rastrillo, del maquilero, de la triguera. Él nada más que cogía los huevos de los aseladeros, las jarras de las ventanas, la fruta, cuando su madre no cocía la borona. De cada portal salía un insulto o una astilla. Los muchachos le llamaban ladrón, desde lejos, gritando, arrojándole piedras. El señor cura le daba coscorrónes o con los picos del bonete cuando le encontraba en el pórtico de la iglesia. El mayoral le amenazaba con la tralla, cuando la diligencia se paraba en la carretera, y Gaspar se quedaba mirando el pescante, las bridas, los cascabeles. El lencero también le amenazaba con el palo de medir cuando Raposo se acercaba al tenderete de tablas y de lona de figón para ver los alfileros, las sortijas, los calzones, las pretinas. En todas partes veía puños, piedras, palos, malas caras. Cuando aparecía en algún portal, las mujeres voceaban con una astilla en la mano como si vieran al zorro, a la rámica, al milano. Y él corría a guarecerse en el pequeño soportal del humilladero, en la mies, en el establo de su casa...

La gente andaba arrancando las panojas y tirándolas en las grandes maconas de listones de castaño. Benjamín y el Raposo estuvieron trasteando toda la tarde en la socarreña. De vez en cuando Benjamín se quedaba triste y pensativo mirando la mancha viva del sol que temblaba en la caldera colgada de un pino. Su madre estaba en la solana cada vez más flaca y más amarilla. Ya estaba el sol escondiéndose detrás de la cotería de los fresnos. Era la hora en que volvían del monte la Cerezosa, la Blanca, la Romera, que ya no eran suyas, que ya estaban en otros establos.

Y temblaba, encogido, pensando en la pena de su madre al no oír, como todas las tardes, los campanos de las vacas. Gaspar le miró con lástima, salió a la calle y oteó a lo largo del camino. Vio a Gorín y a Bernardo, pequeños, mofletudos, descalzos, que jugaban a la peonza en un calvero de la orilla...

—¡Eh!... ¡Gorín!, ¡Bernardo!... ¿Vamos a jugar un ratu a las vacas? Gorín y Bernardo recogen de prisa los bramantes y las peonzas. Y se acercan corriendo, manchados de polvo y de arcilla, con los carrillos sofocados.

Entonces Gaspar corre por el corral allá. La puerta del establo siempre chilla al abrirse. Piensa Gaspar en que parece una risa de vieja que está ronca.

Benjamín le mira sorprendido. Al poco rato sale Raposo con tres colleras de cuero colgadas del brazo. Gorín y Bernardo esperan en la puerta del corral, divirtiéndose contemplando los juegos de las gallinas y de los gallos subiendo y bajando la cuesta negra del estercolero. La pedresa picoteaba más de prisa que las otras. Y cuando levantaba la cabeza, decía Gorín, riéndose mucho, agachado, con las manos en las rodillas, que parecía que la gallina les estaba haciendo burla. Y Bernardo se reía del perro, que unas veces se rascaba la nariz con la pezuña y otras veces tiraba embites a las moscas...

—¡Eh, Gorín, ponte esta collera!... ¡Y tú, Bernardo, ponte esta otra!...

Gorín y Bernardo, mirándose el uno al otro, sonrientes, se cuelgan las colleras al pescuezo. Los campanos les llegan hasta la cintura. El Raposo se cuelga la otra collera. Su campano le llega un poco más arriba de la cintura. Y esto le llena de satisfacción, porque piensa que va a ser mejor mozo que Bernardo y que Gorín.

–¡Ea!... Ya estamos... Vamos todos en ringlera hasta el establo... Yo seré la Romera, que iba siempre delante... Tú serás la Cerezosa, que iba detrás... Y tú la Blanca, que siempre iba la última...

Y los tres, sonrientes, silenciosos, marchan por el corral allá, tocando los campanos lo mismo que las vacas. Benjamín comprendió y corrió hacia ellos, sonriendo y llorando. Su madre oiría los campanos desde el sillón de la solana y pensaría contenta en que las vacas todavía eran de ella... Pensaba en que así harían todas las tardes hasta que su madre se muriera.

Volvió a abrirse la puerta del establo con su risa de vieja ronca. Los campanos seguían tocando.

Y Benjamín daba grandes voces en el umbral.

–¡Entra, Romera!... ¡Blanca, no seas enredona!... ¡Que te arreo, Cerezosa!...

Los carros cargados de panojas cantaban en los caminos. Y parecía como si unos muchachos estuvieran aprendiendo a tocar la gaita escondidos en la mies...

Salín, el ciego

1

El señor maestro iba de vez en cuando a casa de Salín, el ciego, y parlaba con los padres del niño en la cocina, entre las maseras, los cedazos, los almireces, los cazos negros. De antes aquella casa estaba mohína, triste, muy apretada de necesidades. La aparcería era insignificante para evitar aquellos agobios. Unas estirpias de panojas, una pareja de bueyes rumbones, arrendados; un huerto de alquiler, un par de yugos con las gamellas relucientes, unos lazos de serda negra. Una parte pequeñita de lo esencial; una colodra de grano donde hacían falta muchas colodras, unos céntimos donde era menester un doblón, unos puñaditos donde eran necesarios varios celemines. Todo era escasez y suspiro antes de que el pobre Salín, el ciego, comenzara a caminar por los pueblos. Su bastoncito de espino tocaba la arcilla de los senderos, el polvo de los feriales, las piedras de las camberas, el lirio, la malva, el escajo de los montes. Siempre caminaba despacito, como si no tuviera prisa de llegar a ninguna parte, con su chaqueta remendada, con sus zapatos rotos, con su alforja parda al hombro. Yo le veía muchas veces, descansando en el pretil de un puente, en el banco de losa de una taberna de la carretera, en un campito pindio de vereda. Unas veces iba caminando hacia la villa, hacia una feria, hacia una romería, que eran las mieses de la su cosecha. Otras veces regresaba de un pueblo lejano, de la otra parte del monte, transido, polvoriento, reseco de tanto andar y de tanto cantar romances ante las puertas de la comarca. Su lazarillo era un anciano de espaldas rendidas, flaco, que siempre llevaba una cachava de cerezo con su nombre grabado a punta de navaja en el puño. En los breves descansos, el lazarillo partía unas nueces a Salín, le mondaba una manzana, le ataba los cordones de los borcegués...

2

Poco a poco la casa fue medrando mientras el viejo y el niño subían y bajaban vargas, atravesaban vados, vencían repechos y cumbres. Botijos nuevos en los huecos redondos del cantarero, ajeteo extraordinario de la artesa, unas ovejas, una vaca de pelo fino, tasugo, con cara mansa de corza gigantesca. Todo con los cansancios, con los fríos, con los calores del niño y del

viejo, como si su cachava y su bastoncito fueran conjuros que apartaran la miseria, la desazón, la tristeza de la familia. La desgracia de Salín era la que iba formando la felicidad de los padres y de los hermanos, su alcancía, su hacienda, sus propiedades de terrones y recillas, de manzanos y de nogales. Él andaba roto, con su chaquetón de remiendos, con su elástico del color de la yesca, con su boina agujereada y descolorida, envejeciendo en la infancia, su paso a paso de calzada, de vertiente, de collada, persignándose en los umbrales, rezando, debajo de los balcones, por las ánimas, por las tierras, por los ganados. Salín, tan niño, tan humilde, tan rezador, tan quietecito en la iglesia, parecía un hombre que hubiera envejecido sin perder la inocencia, sin arrugas en la cara, sin remordimientos. Siempre, siempre con la cabeza erguida y los ojos muy abiertos, como si contemplara, lleno de curiosidad complaciente, unos panoramas misteriosos, un mundo secreto de colores, de formas y de extensiones guapas, infinitas.

Y el viejo arrastrando su pobreza vagabunda, llevando de la mano al niño, la pobre mano del viejo que parecía un pedazo de madera ahumada, seca; contestando a las preguntas inocentes que le hacía Salín acerca de las aguas, de los carricoches que pasaban, de las estrellas. Las nubes eran como peñascos negros, como muchas ovejas juntas, que anduvieran por el cielo, movidas por el aliento de Dios. El sol era una lumbre redonda como una pandereta, que encendían los ángeles todas las mañanitas con la leña de los árboles del cielo...

3

El señor maestro parlaba de vez en cuando con los padres de Salín en la cocina negra, debajo de los sarzos ahumados. Por el ventano entraban unas ramitas del laurel que crecía en el huerto. Les hablaba del hijo con la vehemencia que da el cariño y la lástima, el deseo de sacar una espina de un alma. El ciego y el lazarillo estarían muy lejos, atravesando un pueblo, un monte, un río. Habían salido por la mañana, cuando más runfaba el viento. El señor maestro hablaba de las cosas tristes del invierno, de la ceguera de Salín, de sus andadas más allá de los confines del valle. Elogiaba su inteligencia, su docilidad, su traza esbelta y fina, su carácter amable. Los padres se ponían muy contentos con estas alabanzas, añadían nuevos méritos, bendecían la obediencia y la listeza del niño. Después les hablaba el señor maestro de lo bien que estaría Salín lejos del pueblo, de las puertas, de las intemperies, en un colegio donde aprendiera un oficio. Y se ofrecía, bondadosamente, para sacar al pobre Salín de aquella vida errante, para

guarecer su cuerpo y su espíritu lejos de los atajos, de las romerías y de las ferias. Los padres miraban al señor maestro sin el contento de antes, recelosos, contrariados. Su expresión pasaba repentinamente de la complacencia al enfado, que querían disimular con una sonrisa falsa. Decían que les daba mucha pena separarse de Salín, que no se acostumbrarían a la falta de la su compañía, de su voz humilde y cariñosa, de los cánticos que silbaba de vez en cuando mientras desgranaba las panojas del limosneo. El señor maestro permanecía unos momentos silencioso, mirando las ascuas que se caían de los leños. Después volvía a hablar del invierno, de las avefrías, de los temporales. En el ventano se movían las hojas de las ramitas de laurel. Los padres de Salín estaban también silenciosos mirando los tizones, los temblores de las pequeñas llamas. Al salir le miraban con recelo, con desconfianza, con cierto rencor, como si les hubiera amenazado con quitarles la artesa, el huerto, las ovejas, la vaca de pelo fino, tasugo, con cara mansa de corza gigantesca...

Malvina, la loca

1

La casa de Malvina siempre estaba llena de niños corriendo en la sala, saltando en el corredor, removiendo los campanos, los hacecillos de yerba buena, los taburetes del desván, brincando en el huerto entre rebujos de rosales secos.

No había niño en el pueblo que no hubiera estropeado una tarabilla, un cántaro, una tarreña, un cristal de la casa de Malvina. Unos gritaban en el portal entre los pucheros rotos convertidos en macetas pintadas de verde. Otros reían en los escalones arrastrando artesas, cencerros, cazos de rabera larga y negra llenos de tierra, de horcinas, de granos de maíz. Otros martilleaban en el suelo con el moedor del almirez. Las trébedes estaban colgadas en las escalerillas de palo del aseladero. La paleta de apartar la ceniza, en la tierra negra del huerto, a la vera de un grosellar seco como los rosales. El alfilerero salía cualquier día de entre la harina de la macona, cuando Malvina echaba puñados en la artesa grande para amasar. Y en el suelo de la sala, de la cocina, del corredor, el fuelle de soplar el fuego, el acerico de color de yesca, sin agujas, sin alfileres; el cucharón de fresno de revolver la pulienta. El cedazo rodaba por el corredor allá hasta los baraústes del balcón. El agua cayendo del pitano de los cántaros hacía líneas, redondeles, garabatos, rúbricas en el suelo. Redobles en el caldero, en el asiento moreno de los viejos taburetes, en los cuarterones de las puertas. Los almireces rubios sonaban como timbalillos de Navidad...

No paraban los hijos de los vecinos de trajinar revoltosamente con las mecedoras de Malvina, con sus jaulas de mimbres blancos, con las teclas de su piano polvoriento y mudo, con las cacerolas de cobre, con las tarabillas de las ventanas...

Los niños hacían de aquella casa, campa, fiesta constante, tamborileo, riña. Con los niños entraban los pequeños perros pintos, negros, de color de canela, enemigos del topo, del erizo, de los gorriones. En los antiguos sillones de castaño, bolitas de barro endurecidas, cigarras muertas, uncidas con alfileres, imitando yuntas; grillos con los élitros arrancados, plumas de pájaros. Tamborileo incesante con los nudos en las tinajas, en los cristales, en las paredes de lata del cobertizo, imitando repique de campanas, toques de muerte, de fiesta, de gloria, de incendio.

Malvina la pobre loca mansa no decía nada. Malvina desgranaba unas panojas, arrancaba las hojas secas de la parra, leía la vida de los santos...

2

Llamaba un pobre a la puerta, con aquel gran picaporte de hierro que imitaba una mano larga y estrecha. Malvina miraba por el ventano. Abajo estaba un viejo con la joroba de su saco, con las manos apoyadas en el palo, rezando despacio...

—¡Si será san José! -decía Malvina-. Sí, sí, debe ser san José...

Con su vestido de penitencia, con tintineo de rosario negro y largo, descendía descalza los anchos escalones de piedra. El suelo del vestíbulo estaba sembrado de horcinas verdes y secas, de pedacitos de lazos de serda destrozados, de hojas mustias de la leña arrinconada cerca de la puerta del establo, esparcidas por el viento y por los niños.

Cuando los ojos pequeños y grises de Malvina se encontraban con la cara humilde del pobre, le saludaba con mucha reverencia, le preguntaba de dónde venía, que hacia dónde caía su pueblo, que cuánto tiempo hacía que andaba por los caminos. El viejo contestaba sonriente, con la boina o el sombrero en la mano.

Le mandaba sentarse en el largo banco, en cuyo respaldo el tallista de la aldea había labrado una cara de diablo, una lumbre de ánimas castigadas, unas golondrinas en los brazos de una cruz, una onza de oro rodando hacia una sepultura abierta...

Después le hacía subir a la cocina, le ofrecía leche en la mejor tarreña, le quitaba el saco de la espalda, lleno de panojas, de mendrugos, de pedazos de tocino, para que se arrecostara en el sillón; ponía bajo sus pies una piel de carnero. Parecía una hija humilde aplacando el disgusto, el cansancio, la tristeza de su padre.

El viejo se marchaba contento, rezando por las ánimas de la familia de Malvina, porque la librara Dios de la peste, del rayo, del fuego, del enemigo malo, de las malas tentaciones. Ella le veía marchar desde el ventano y volvía a decir mientras acariciaba su rosario:

—Sí, sí; éste debe ser san José... O puede que sea san Roque...

Otros días llamaba otro pobre a la puerta. Malvina volvía a mirar desde el ventano. Abajo estaba una mujer con las manos y el rostro amoratados, tiritando en el umbral, con las ropas frías y húmedas de ventisca.

–¿Si será santa Margarita o la Virgen de la Esperanza? Puede que sea santa Magdalena o Nuestra Señora de las Lindes.

El picaporte volvía a resonar al atardecer, a cualquiera hora del día, al comienzo de la noche. Abajo se oía el rezo del pobre... El ventano se abría sigilosamente. Malvina miraba sonriente y se quedaba pensativa contemplando las barbas, el sombrero mugriento, el palo salpicado de barro, la manta desollada...

–Éste debe ser san Francisco... O puede que sea san Nicolás o san Bernabé...

Los niños seguían echando ceniza en el agua clara de la caldera, dando vueltas a las tarabillas de las ventanas, arrastrando las artesas, haciendo rodar el cedazo. Malvina no decía nada, siempre con su largo vestido de penitencia, con sus pies descalzos, con su devocionario de tafilete azul, con el libro de la vida de los santos sobre las rodillas. O quietecita en su reclinatorio, mirando al pequeño Cristo de raíz de nogal, clavado en una cruz de quima de cerezo...

Vanidad

1

Los muchachos apoyaban la frente en la verja de la puerta y estaban un rato mirando las peras, las manzanas, las ciruelas. Yo era guardián de la huerta, los domingos por la tarde, cuando la gente se marchaba a los oficios. Mi madrina, al marchar, me decía que me acordara de san Antonio cuando se quedaba guardando los sembrados; que no dejara entrar a los muchachos, que espantara a los pájaros para que no picotearan la fruta...

La madrina, tan delgada y tan blanca, con aquella capa azul que se ponía los domingos y las fiestas de guardar, se parecía a santa Margarita, la del altar grande de la capilla, un poco más alta y más sonriente. Cuando tocaban las campanas, al amanecer, empezaban los trajines en casa de la madrina, se encendía la lumbre y olía a hojas quemadas de abedul. El vaquero abría la puerta ancha y alta del establo. Por las escaleras del pajar bajaba un pobre que se había quedado a dormir allí, entre la yerba. La madrina llenaba el zurrón del pastor y abría las ventanas del palomar. El galgo negro empezaba a correr por la huerta, debajo de los manzanos húmedos de relente, saltaba la cerca y se iba a la mies. Después tocaban otra vez las campanas, allá arriba, en la ladera pedregosa de la colina donde estaban las cruces de piedra, rebajetas, del calvario, y los cipreses picudos en los que cantaban por las noches los cárbos. Salía la madrina, tan bajita y tan delgada, como si santa Margarita bajara del retablo de la capilla y se fuera a pasear por las callejas y los campos. Llevaba la silla rubia de tijera, el libro negro y brillante que tenía el color de la miel en los bordes de las páginas, el rosario de cuentas de huesos de olivas que le había traído de Jerusalén un peregrino del valle. Todas las mañanitas hacía lo mismo la madrina. Unas veces rutaba el río, runflaban la cellisca y el viento, se revestía el valle con el roquete de la nieve. Otras veces todo estaba tranquilo. Los árboles permanecían quietos; la tierra, seca; el río, manso; el monte, pacífico. Salía la madrina, persignándose, entre el viento o la paz. Después los trajines de todos los días. Las llamadas y los rezos de los pobres que siempre se marchaban contentos de aquella puerta; los movimientos del cedazo, del odre de la manteca, de las artesas redondas y pulidas; el aseo de las imágenes del oratorio, que parecía una iglesia pequeñita con sus ciriales, con su lámpara de plata, con sus candelabros. El oreo del desván lleno de manzanas, de ramos largos de panojas, de calderas rotas, de celemines viejos, de ollas de miel, de cazos negros, de

campanos grandes. Por la noche, la conversación en la cocina mientras hervía la pulienta, goteando despacio, amarilla, en la caldera pequeña de cobre. Los misterios del rosario, la jaculatoria de las ánimas, de la salud, de la su cosecha, de la buena muerte, de los buenos pensamientos...

2

Las campanas, tan abuelitas, voceaban en los estrechos ventanos de la torre. Todas las puertas estaban cerradas. No se oía ni una voz, ni un silbido en toda la aldea. Del monte llegaban los campanazos lentos de las vacas, los mugidos, los relinchos de las yeguas, que en el invierno se ponían en corro para defenderse del lobo.

Ya se iba poniendo madura la fruta, y los dalles empezaban a runflar en los prados desde el amanecer hasta que asomaba la estrella de los pastores, siempre tan galana con el su brillo. Las campanas voceaban otra vez en los ventanos de la torre diciendo que ya iba a empezar el primer misterio del rosario. Entonces comenzaban mis paseos en la huerta, a lo largo de las paredes revestidas de yedra, apretando en mi mano párvula y arañada el palo seco y nudoso de escajo. Las hojas secas esparcidas en la yerba me parecían del mismo color que la esclavina vieja del ermitaño. Mi palo daba en una ramita y caía la manzana predilecta, la más gorda, la más colorada. Piaba un pájaro en la rama de un ciruelo y yo empezaba a imitar el ladrido de un mastín de los más roncós. El pájaro huía sobresaltado y yo seguía mi paseo, a la sombra de la cerca, erguido, despacio, mirando a la yedra, a las quimas cargadas, al brocal, a la polea del pozo. Los muchachos no apartaban la frente de la verja. De vez en cuando me llamaban con la mano, o con silbidos cortos y suaves o golpeando con una piedra el hierro de la puerta. Yo continuaba brincando con el palo, enredando con el caldero del pozo, haciendo rechinar a la polea, imitando los ladridos roncós, debajo de los árboles, cuando piaban arriba los pájaros...

Mis tirantes verdes parecían dos espadañas de la orilla del río. Los muchachos empezaban a elogiar mis tirantes diciendo que eran muy majos, que parecían de yerba fina y larga entrelazada. Y elogiaban también las mis gallinas pedresas, el borde azul de mis escarpines de sayal, los patos que se zambullían en el estanque de la huerta, las ventanas amarillas del palomar. Yo me iba llenando de vanidad y me acercaba poco a poco a la verja. En la esquina negra de la fragua, un viejo tomaba la sombra del fresno. Los muchachos me sonreían pacíficos y

humildes como yo veía que sonreían los hombres de las blusas, de los zurrones, de los arados, de las boinas, a los hombres de las levitas, de los sombreros, de las sortijas. Mis tirantes parecían de yerbas entrelazadas, mis gallinas pedreas eran de las mejores del lugar, mis manzanos los más fértiles, mis ciruelas las más dulces y las más grandes, mis palomas las más voladoras. Yo oía estos elogios de los muchachos y me ponía muy contento, como una moza cuando la dan parabienes por su delantal nuevo, por la su sortija, por los adornos de su acerico...

Abría la puerta quitando la gran tranca de roble, y los muchachos, tan sonrientes, tan pacíficos, iban entrando uno a uno, como las ovejas por el portillo del redil redondo del monte. Sus pies descalzos se escondían en la yerba, los patos se asustaban en el estanque, las hojas de los árboles empezaban a temblar. Cuando yo acababa de poner la tranca de roble en la puerta, me volvía risueño hacia los muchachos que elogiaban mis tirantes, mis gallinas, mis palomas. Pero ya no estaban allí. Estaban encaramados en las quimas que se estremecían más deprisa que las crestas de los mis gallos. Caían hojas y ramitas partidas. Oía los dientes, mordiendo sin parar. Permanecía un rato silencioso, mirando con temor hacia el camino solitario de la parroquia. El viejo seguía tomando la sombra ancha del fresno en la esquina negra de la fragua. Las yeguas relinchaban en las laderas de la parte del oriente. Ya estaría el señor cura rezando el último misterio del rosario. Ya luego apagarían las velas los sacristanes con las caperuzas de lata de las cañas, que parecían picos grandes de arrendajos o narices de brujas...

Seguían cayendo hojas y ramitas rotas. Los dientes mordían un poco más despacio que al principio, como si se fueran cansando. Entonces yo les llamaba, les decía que bajaran, que se fueran, que ya habían comido bastantes manzanas. Pero ellos no me hacían caso, se reían entre las altas quimas del mi sobresalto. Me tiraban con las manzanas como si fueran piedras. Unas me daban en la cabeza, otras en el rostro, otras en la espalda, en el pecho. Algunas rebotaban en las paredes verdes, en el caldero del pozo, en la piedra morena del brocal o iban a parar en el agua inmóvil del estanque orlado de sauces, que parecía que tenían harina en la corteza. Yo empezaba a llorar desconsoladamente. El camino de la iglesia era mi sobresalto. Siempre parecía que iba a asomar en la revuelta mi madrina con su sombrilla de color rosa un poco mustia. Volví a suplicar humildemente, entre llanto, que se marcharan, que ya habían comido bastante, que ya habían roto muchas ramas. Las manzanas daban otra vez en mi rostro, en la espalda, en el pecho. Los dientes habían cesado de morder. Guardaban la fruta en el seno, en la cintura, en los bolsillos. Las quimas se estremecían como en el invierno, las hojas revoloteaban y caían en la yerba. Yo

parecía que pisaba escajo o ascua y que me pinchaban el pecho con púas secas de acebo. Cada ramita rota que caía era un sobresalto y un pellizco de la pena.

Al fin se marchaban con el seno abultado, con los bolsillos llenos. Los pies descalzos volvían a restregarse y a esconderse en la yerba. Antes de quitar la tranca de roble de la puerta, golpeaban el caldero del pozo, jugaban con la polea, tiraban con manzanas a los patos, a las gallinas, a las puertas amarillas del palomar, pisaban la tierra labrada de las hortalizas, arrancaban unos maíces, unas azucenas, las ramas de un grosellar. Después apoyaban las frentes en la verja y me sonreían maliciosos y burlones. Mis gallinas pedresas eran las peores del lugar, mis manzanas las más ruines, mis ciruelas las más pequeñas, mis palomas las menos voladoras, mis vacas las más flacas. Hablaban mal de mis tirantes, de las ventanas del palomar, de los perales bajitos y torcidos. Después se marchaban voceando, corriendo, arrojando manzanas a la ventana oscura de la fragua.

El viejo de la sombra del fresno se despertaba asustado y los muchachos se reían de su sobresalto y de las amenazas de su picaya. Yo me quedaba inmóvil, triste, mirando las ramas partidas, las hojas, las ciruelas del suelo...

El lobo verde

1

Una vez iba un patriarca por un camino de Dios. El patriarca vestía una túnica amarilla como la cara de Nuestra Señora, la de los siete puñales. El camino era de arena rubia y reseca del sol; las nubes parecían piedras blancas, amontonadas, unas grandes, otras más pequeñas. No se oían rumores de manantiales, ni de pájaros. El patriarca era alto y delgado y tenía las barbas del color de las panojas. Horas y horas de desierto sin probar el agua y el pan. El hambre es madre de las tentaciones, de los malos pensamientos, de las malas miradas. El patriarca era puro de imaginación y de espíritu, parco, dulce, muy amigo de los lirios del Señor, del milagro luciente de las estrellas, de los arroyos, de las palomas, de las espigas. Pero tenía hambre y sed, que son como antiparras que nos hacen ver las cosas de otra manera, aunque seamos buenos, humildes, dóciles; los campanos parecen campanas; la aguja, aijada; el gorrión, cuervo. No podía el patriarca con aquella fatiga del camino y de la necesidad. Al atardecer vio acercarse a un anciano con un niño. El anciano traía una alforja y un odre pequeño. Estímulo de la tentación del caminante de la túnica amarilla como la cara de Nuestra Señora. Olvido de Dios, de las estrellas, de los lirios, de las espigas, de las palomas. La alforja y el odre pasaron de la espalda del viejo a las manos del profeta. Avidez del patriarca por lo que guardaba la alforja.

El caminante oía los lamentos del viejo y el lloro del niño que seguían su camino devanando aquella pena repentina que era como una pena más grande sobre las otras. El patriarca se disponía a comer el pan moreno de la alforja y a beber el agua del odre. Seguía calentando el sol las arenas de la estepa, las barbas del color de la panoja, la túnica amplia y amarillenta. El Señor había visto el hurto del profeta, su ademán, su coraje. Y quiso castigarle como castiga el Señor cuando se enfada con los hombres: unas veces con lumbre, otras veces con aguas, otras veces con lepras, con dientes de león, con pico de víbora. La estepa estaba solitaria; no se veía nada en los cuatro horizontes.

Cuando el caminante abrió la alforja, el desierto empezó a entenebrecerse. Cuando partía un pedacito de la hogaza, empezó a nevar. Unos aullidos lejanos que el peregrino no había oído nunca. Los aullidos se acercaban intensos, largos, agudos. Sobresalto temeroso del profeta, que guarda el pan en la alforja y corre, temblando de frío y de angustia. Pronto le rodean unos

animales desconocidos, flacos, con las orejas tiesas. No había visto nunca aquellas cabezas agudas. Destrozos en la alforja, en el odre, en la túnica. Devoran el pan, la cecina ahumada y dura. Después devoran al hombre. Las lenguas viejas daban emoción al relato; parecía que se oían los dientes, los desgarros, los crujidos. Así creó Dios a los lobos, en aquel instante, entre pecado y nieve...

2

Más leyendas, más leyendas de los viejecitos, entre rebullicio de sayales rojos, pardos, azules, mientras se consumía el aceite de la candileja. Hay lobos que tienen en la entraña una piedrecita negra que sirve para curar la envidia, los instintos del ladrón, los remordimientos veniales. Época del reverdecimiento del campo, cuando nace la flor del espino, cuando canta el cuclillo y llegan las golondrinas. En esta época nace, una vez cada siglo, un lobo verde, pacífico, amigo de los hombres, de los rebaños, de los mastines. La primera persona que se encuentre con el lobo verde, sentirá un contento extraño, que durará toda la vida. Más vueltas de la leyenda, vestida de nieve, de vientos fríos, de noche, de relámpago. Leyendas fantásticas, llenas de lobos, de águilas, de mirlos. Hay una yerba que nace a la sombra de los helechos. Una yerba del color del hinojo seco, con unos puntitos blancos. Brota en los otoños, los años en que setiembre se lleva los puentes. Quien encuentre esta yerba y la lleve escondida en una hoja de laurel, espantará al lobo o le hará dócil, manso, bueno. Y la oración inocente de los muchachos en la noche medrosa del monte, cuando nos asustaban los árboles, las sombras inquietas de las ramas, los cárabos, los arbustos que movían el aire; cuando los gusanitos de seda nos parecían ojos pequeñitos de lobeznos. Y el comienzo de la noche en la majada antigua, cuando se tocaba el bígaro para espantar al lobo.

Más leyendas, más leyendas de lobos. El tizón y la luz para espantarlos, sus acechos en las orillas de los ríos y de los canales, donde el agua hace más ruido, para que no se oigan las voces, los gritos de los pobres caminantes sorprendidos; el lobo que habló una vez en el pórtico de la iglesia para descubrir a los pastores que mataban a las ovejas y le echaban a él la culpa; el lobo, amigo de san Francisco; el lobo que está a la puerta del palacio escondido de las hechiceras...

Don Anselmo

Andaba por las callejas del pueblo jugando como los muchachos. A veces iba a la escuela, se sentaba en un banco, cruzaba los brazos como los niños y cantaba con ellos los nombres de las ciudades, los números, las alabanzas al Señor. A la hora de escribir, el maestro le daba un papel y don Anselmo, con la cabeza inclinada, guiñando el ojo izquierdo, con las barbas encima de la cuesta negra del pupitre, hacía unos grandes garabatos, cruces, redondeles, rayas torcidas. Después enseñaba al maestro el papel, como los escolares, y volvía a sentarse en el banco muy contento y sonriente, mirando con mucha atención los garabatos que acababa de hacer...

En el recreo, la pequeña campa estremecía sus yerbas. Runfido de piedras saliendo de la honda de cuero y de bramante; peonzas blancas, encarnadas, verdes, dando vueltas en el calvero redondo; palos de punta aguda, clavándose en la tierra; boinas retorcidas y anudadas, en el aire, como pelotas negras. Don Anselmo se entrometía en estos juegos. Unas veces encorbaba su espinazo, permanecía quieto en mitad de la campa y los muchachos saltaban por encima de él, esparrancados, apoyando las manos en las espaldas del pobre loco. Otras veces se agachaba, andaba con las rodillas y con las manos, arrastrando las barbas por las yerbas y las punteras ferradas de sus borceguíes, y simulaba los movimientos cachazudos, los mugidos, el jadeo de las vacas.

Entre el rumor de las hondas haciendo zumbir a los pedruscos, de los golpes en los troncos blancos de los abedules, de los cantos rebotando en las ramas, del agua siempre turbia de la reguera, se oían las carcajadas, los gritos, las voces de don Anselmo, sudoroso, brincador, intentando encaramarse a un roble, saltando, andando a la pitacoja a saltitos con un solo pie, dando la vuelta del gato, tirando al aire su sombrero.

Después venía a buscarle su hermano don Juan José, alto y delgado, con su levita de color de oliva, con sus anteojos y su bastón negro. Don Anselmo no quería irse de la campa. Echaba a correr hacia la mies o se abrazaba al tronco de un árbol y gimoteaba, mirando con recelo al bastón. Su hermano le engañaba diciéndole que le había comprado una yegua blanca, que había aprendido un nial de mirlos, que iban a ir al monte a cazar lobas y corzas. Y don Anselmo, sudoroso, con los ojos muy abiertos, con la levita arrugada, se iba dócil y tranquilo de la mano de don Juan José, preguntándole que cuántos mirlos tenía el nial, que si era mansa la yegua...

Otro día volvía a la campa de la escuela, limpio, arregladas las barbas, brillante el cabello, lanzando silbidos, arrojando piedras a los perros, deteniéndose ante los bardales donde sentía el cantar de un pájaro o negreaban unas moras. Ya en la campa, entre el tropel de los muchachos, empezaba a corretear, a brincar, a restregarse en la pobre yerba, mezquina, tan pisada. A los niños no les extrañaba el juego, los saltos, las risas de don Anselmo. Desde que tuvieron uso de razón se acostumbraron a la compañía del loco en sus diversiones. Era para ellos una cosa natural que aquel anciano fuerte, pacífico, infantilmente revoltoso, saltara con ellos las cercas, hurtara la fruta, tirara piedras al arroyo, se echara a rodar por las pendientes de los prados o corriera entre remolinos de hojas secas en las jaranas monteses del otoño...

Si al atardecer llegaba a algún portal con los muchachos de la casa, don Anselmo compartía la borona de la merienda, las nueces, las manzanas de sus amigos, masticando como un adolescente. En las largas correrías por los montes cercanos cuando los niños se divertían en alguna colina echando a rodar grandes cantos por la ladera, don Anselmo, forzado, ágil, ñeando contento, impulsaba la piedra más pesada, la que armaba más alboroto por el monte abajo, rebotando en las peñas, rompiendo árgomas, espinos, arbustos. Los niños palmoteaban entusiasmados, y el loco quitándose la levita y el sombrero, arremangado, mientras el viento jugaba con sus barbas, echaba a rodar más piedras. Él alcanzaba las moras de lo más alto del bardal o triscaba la rama que los muchachos no podían partir o les ayudaba a encaramarse en los manzanos, en las paredes de las huertas, en los lomos de los borricos que pacían en los lindares.

Parece que le veo chapoteando descalzo en la orilla del río, gozoso, con un ramo de endrinas en la mano, en la ringlera de los muchachos los días de entierro o procesión, hurgando cuevas de grillos en los prados, arrancando los berros que crecían entre el agua mansa del arroyo de la mies, descortezando alisos, mascando tallos de yerbas, saltando entre las juncieras, o tumbado viendo pasar las nubes, los arrendajos, los gavilanes.

Cuando más contento estaba era entre estas cosas infantiles, viendo los juegos de los pescardos en el pozo cristalino, debajo del puente de madera, contando los pájaros sin pluma de un nidial, arrojando piedras a los nogales. Llegaba su hermano fingiendo enfado, siempre con el bastón negro y con los anteojos, seguido de su perdiguero rubio. Don Anselmo corría entre los niños a esconderse en los zarzales de la ribera, en el maizal alto y rumoroso, en la maleza de escajo y de espino de la ladera... Y volvía a casa al atardecer, cuando los cabreros y los segadores, con las manos arañadas, los borcegués húmedos, sofocado de sol y de viento, como

un niño que ha corrido mucho al aire libre del monte o del valle. Su hermano le reñía, le amenazaba con el bastón, con no dejarle salir de casa, con encerrarle en el desván. Después le quitaba los borceguíes mojados, le enjugaba el sudor con su pañuelo, le mandaba sentarse en un taburete en la solana o en la cocina, donde la criada vieja y regordeta, con cariño, con suavidad, con paciencia, le peinaba el cabello revuelto, le calzaba unos esarpines, le cosía el desgarrón de la chaqueta, le sacaba de los bolsillos las bellotas, las endrinas, las moras apretujadas. Permanecía quieto y formal en su taburete, divirtiéndose con los chasquidos del fuego y los bailes de las pequeñas llamas o apoyado en la barandilla de la solana viendo cómo caían las flores de los manzanos, cómo picoteaban las gallinas, cómo aleteaban los mirlos en las jaulas.

Al día siguiente, muy de mañana, cuando los pastores marchaban al monte, ya estaba don Anselmo en el campo de la escuela, aseado, con piedras, saltando y volviendo a saltar de una a otra orilla del arroyo.

Parece que le veo, tan alegre y tan pacífico, dando vueltas a la carraca de color de oro, mordiendo una manzana verde recién robada, partiendo una nuez con los dientes, arrancándose los botones para jugar, sacando sonidos de la flauta de sauce verde en las tardes de abril, acostándose en la nieve con los brazos en cruz para divertirse contemplando la huella del cuerpo, vareando en el remanso para que saltara el agua.

En el Antruejo, cuando los niños recorrían el pueblo tocando los grandes campanos, don Anselmo estamengaba el suyo con sus manos morenas y duras, y parecía, en medio de la algazara infantil, un muchacho alto y flaco, disfrazado de viejo. Su mayor delicia estaba en el monte, rodando por las praderas pindias, balanceándose al ras de tierra, encogido, agarrado a una quima de castaño, persiguiendo a los chivos, haciendo embestir a los carneros, arrojando piedras a las cuevas profundas, haciendo galopar a las yeguas. No había cumbre, hondonada, escondrijo, que don Anselmo, siempre tan contento y tan risueño, no hubiera recorrido con los muchachos en busca de nidos de azor, de manidas de martas, de los arañazos que dejan los gatos monteses en la corteza de los arbustos. Brincaba en los ribazos, bebía de bruces en las fuentes mojándose las barbas, se arrastraba sentado en las pendientes agudas de los senderos, dando grandes y alegres voces, con las manos en alto, revoloteadoras, lanzando unas largas carcajadas...

Algunas veces eran sorprendidos en alguna huerta, en los abadejales chaparros y anchos del monte, en los agreos con ciruelas y grosellar. Don Anselmo, debajo de los árboles, mirando a las altas ramas, mordiendo la fruta que le arrojaban los muchachos puestos a horcajadas en las

quimas fuertes, voceaba impaciente, avisando, cuando veía en el portillo la cara enfadada del dueño. Los niños bajaban precipitadamente de los árboles, abrazados a los troncos, restregando los brazos, el pecho, las piernas. Las grietas de la pared, los pequeños salientes de la piedra, la yedra, favorecían la huida de los muchachos. Pero don Anselmo no podía encaramarse tan de prisa en las bardas. Las punteras de sus borceguíes resbalaban en la pared y le temblaban las piernas. Corría de un sitio para otro buscando el más fácil para subir a la cerca y saltar a la calleja o al sendero. Los bolsillos de su levita estaban llenos de fruta verde o madura y su sombrero, con las alas convertidas en agarraderas, estaba repleto de cerezas, de piescos, de abadejos, llevándole en la diestra como un cestito negro. Por fin, el dueño le cogía por el cuello de la levita, después de correr y correr a lo largo de las paredes. Don Anselmo empezaba a lloriquear, encogido, apretando las alas de su sombrero colmado, frotándose los ojos con la mano izquierda o rascándose la frente estrecha, morena, sin arrugas. El dueño de la huerta le zarandeaba, le dejaba vacío el sombrero y le hacía salir a empujones por la estrecha portilla. Cuando se veía en la calleja, echaba a correr armando un gran estrépito con sus zapatos ferrados, sobresaltando a los perros de los que estamengaban sus cadenas, furiosos, debajo de los carros o entre los haces empinados de las cañas de maíz puestas a secar...

El miedo

Mitos vestidos de bálagos, de hojas de fresno cosidas con yerbas, de helechos, de corteza de abedul, de musgo y escajo.

Unos tenían un gran cepo en el que cogían a los niños que desplumaban a los pájaros, desbarataban los nidos, enturbiaban las fuentes, apedreaban a las golondrinas que quitaron los espinos de la cabeza del Señor.

Otro tocaba una flauta de piedra, que se oía de vez en cuando en un bardal, en un bosque, entre unas peñas, en las orillas de un torrente. Los sones de esta flauta que imitaba relincho de potro, aullido de lobo, gañido de raposa, sólo la podían oír los hombres y las mujeres cuando volvían del monte con los coloños de árgomas negras y retorcidas, de arbustos, de quimas secas. Sólo la podían oír los pastores viejos, los caminantes que tenían hijos, los mozos que tenían hermanos pequeños. Al llegar a casa decían a los hijos, a los nietos, que había que ser obedientes, sumisos, rezadores, porque habían oído la flauta de piedra del hombre que convertía en helecho, en cigarra, en saltamontes, en cárabo, en lechuza, en luciérnaga, en avefría, a los niños enredadores, mentirosos, ladrones.

Otro tenía una porra de hueso, un zurrón lleno de víboras, un solo diente largo y negro, unas manos de color de lastra con los dedos afilados en forma de hoz.

Y en la orilla del río, la nutria verde, vieja y maligna, con una estrella negra en la frente. La nutria verde tenía su guarida entre las raíces de la alisa más corpulenta de la ribera. Sus ojos eran colorados como brasas, y sus dientes parecían colas de truchas. Una vez al año, cuando empezaban a colorear las cerezas, dejaba la orilla del río y se escondía en los zarzales de los caminos del valle o entre los altos helechos de los senderos del monte. Entonces sus miradas convertían en martas ciegas, en milanos sin uñas, en raposas sin dientes, en jabalíes sin colmillos, a los que se reían de los viejos, de los jorobados, de los tuertos, de los cojos...

Entre los altos maíces se escondían otros mitos malos, enemigos de los niños que apedreaban árboles, pájaros, sembrados, campanas de iglesia. Unos tenían los ojos muy grandes de color de oliva negra, unas melenas rojas, unas manos redondas, sin dedos, de color de piedra de camino. Otros usaban unas barbas como yerbas secas en las que se guarecían unos pájaros blancos cuyos picotazos traían la desgracia, el dolor, la mala suerte de toda la vida...

Mitos rechonchos, de cara colorada, con la nariz grande y corva, los pies de cabra, los ojos de águila, vestidos de yedra, de rozo, de juncos secos. Mitos altos y flacos, con ojos de gato montés, cara de chivo, desnudos, amarillos, negros. Mitos de humo, de neblina oscura, como sombras de hombres gordos en las paredes de la cocina. Unos tenían los dientes azules, la frente de color de ladrillo, el pecho lleno de púas cárdenas, las manos en forma de rastrillo con pinos de hierro, relumbrantes en las puntas. Otro, todo negro, como hocico de vaca, tenía la cabeza de lobo y el cuerpo de persona. Otro enseñaba sus colmillos verdes, sus grandes orejas cenicientas, su cuello encarnado y ancho...

La mies era el misterio, el miedo, el sobresalto cuando los maíces estaban altos y se frisaban al paso del viento. En ella vivía todo lo malo: la zorra, el tasugo, el fantasma que tocaba las noches de ábrego las campanas de la iglesia, la bruja, el húngaro, el ánima en pena... Entre su rumor, temblando, encogidos, rezando, creíamos escuchar garduñas arañando las cañas verdes, bocas rumiando cizañas, anjeos, pasos que se acercaban, voces, gruñidos, unas risas malas. La mies era el escondrijo verde de unas caras feas pintadas por el diablo...

El sabio

1

Unas veces estaba abriendo hoyos en el huerto, y de pronto, como quien tiene sed hace mucho rato y no puede aguantar más, corría hacia el rincón donde los sauces eran más altos y más viejos. Se sentaba en una piedra, se ponía los anteojos y empezaba a leer. ¡Cuántas cosas sabía tío Ángel, menudito, cano, con su picaya de cerezo, su pedernal y su yesca! Decía que el cuclillo era en el invierno ave de rapiña en unas tierras más calientes; que la cereza es la ira de Dios, porque nada más que tiene color de lumbre, agua y piedra; que san Francisco había robado un racimo de uvas para un pobre; que la piedra del nidal del águila era buena para aplacar los malos pensamientos; que la tierra daba vueltas en el aire como una peonza...

Los libros que leía tío Ángel eran unos libros viejos, con forro de color de hueso ahumado, de los que tenían en los estantes don Mauricio, el procurador, don Manuel, el organista, el señor cura...

La azada estaba quieta, clavada en la tierra horas y horas. Tío Ángel olvidaba la ringlera de los hoyitos, la talega de la simiente, las grandes tijeras con que cortaba las zarzamoras que caían en las orillas del sembrado. Hacía muchos años que tío Ángel dejaba la azuela, el dalle, el hacha, para coger el libro y leer a escondidas, agazapado en la mies, en una valleja recatada y sombría, en el establo, de pie, posando el libro en el marco de piedra del ventano. A su lado la herramienta permanecía ociosa. Y volvía a su casa al anochecer, con el libro en la faja, contento, sin memorias de pena, tarareando romances o los cantares de las novenas del invierno. Su hija y su yerno le reñían, le miraban de reajo, de mala manera, le insultaban a voces como a un niño enredador que juega en los oficios, rompe el cántaro, desgarró la blusa, se monta en los carneros. Le reñían todas las mañanas, todas las tardes, todas las noches, porque tardaba mucho en cortar los arbustos para la lumbre, en segar una linde, en retejar el invernadero, en componer la estirpia, en volver con el madero para la cabecera del lar, almohada dura de las astillas que se van abrasando... Pero él seguía leyendo, leyendo, a escondidas, debajo del fresno del agreo, entre la maleza y las piedras de las ruinas, en el pajar, mientras mordía su borona o una manzana, como un niño.

Segaba medio lombillo, cortaba unos arbustos, desenterraba unas patatas, sallaba unos maíces y se iba a la sombra o al testero del sol del invierno. Después de leer un gran rato volvía a

la tarea, con aire de pesadumbre, despacio, guardando los anteojos en la bolsita de cuero, y al poco rato ya estaba otra vez con el libro abierto, en la linde, en el rincón del huerto, al socaire de la pared torcida, en los escalones de piedra del portillo. Sus labores se hacían interminables y casi siempre tenía que acabarlas su yerno, enfadado, riñendo, maldiciendo de los libros y de los anteojos. Muchas veces, en la época en que se aran las tierras, tío Ángel soltaba la manquera a la mitad de un surco, se sentaba en los terrones y se ponía a leer detrás de los bueyes. Su nieto, delante de la pareja, se entretenía enredando con las campanillas o acariciando las melenas de piel de oveja que tapaban como cobertores colgando los testuces de la yunta. Otras veces, con el pretexto de que el agua estaba caliente, mandaba al nieto a la fuente con el cántaro rojo. El nieto dejaba la aijada clavada en la tierra, delante de los bueyes, y tío Ángel volvía a sentarse en los terrones...

¡Cuántas cosas sabía tío Ángel, menudito, de ojos chicos, con sus mejillas coloradas! Había unas tierras lejanas que siempre estaban nevadas; las estrellas eran clavos de oro más grandes que el mundo; las nubes eran odres blancos, grises, negros, en los que el Señor guardaba el agua, la nieve, el granizo; la luna tenía valles y montes sin árboles, sin yerbas, sin fuentes; el sol era un ascua redonda; la mariposa, tan guapa, tan revoladora, era un gusano al que le iban creciendo, poco a poco, las alas.

Los niños escuchábamos a tío Ángel, quietos, mirando sus barbas, sentados en los bancos de piedra del portal de la iglesia. Y los hombres se reían como cuando Pelegrín, el tonto, preguntaba a los cazadores que si habían pescado muchas truchas, y a los pescadores que si habían cazado muchas liebres...

2

Con su elástico de color de erizo seco de castañar, con sus escaarpines de sayal con suela de pellejo de cabra, iba tío Ángel enjugándose unas lágrimas con el pañuelo azul. Parece que le veo ahora, bajito y delgado, entre las bardas de la calleja, caminando a pasos menudos y rápidos, espantando a las gallinas pedresas, que estremecían sus crestas y sus cobijas a la sombra de las paredes. Parece que le veo ahora, tambaleándose en el tronco que hacía de puente en el reguero.

Allí estaba la casa del señor cura, con su largo balcón, con su hornacina de san Francisco en el hastial del oriente, con su parra a lo largo del corredor, debajo de los nidos prietos de las

golondrinas. En el portal fueron saliendo las penas de tío Ángel como aguas puras de una fuente vieja. Sus mejillas estaban descoloridas. Sus manos, que parecían unas pequeñas paletas morenas, no paraban de temblar. El señor cura respondía suspirando. Su solideo parecía redondelito de miel salpicado de cenizas. Su sotana tenía largos surcos, garabatos, terroneras y bardalines de repasos. Y sus zapatos, fuertes, amarillos, parecían de cazador, de guardamonte, de calderero vagabundo. Tío Ángel salió de allí llorando como un niño pequeñito. Estaban ya muy mojados de llanto los picos de su pañuelo azul. Tiritaba lo mismo que si los escarpines pisaran nieve. Él había extraviado los anteojos y quería dinero para ir a la ciudad a comprar otros, pero el señor cura no lo tenía para prestárselo hasta que tío Ángel lo ganara en la época del esquila de los rebaños.

Otra vez la callejita reseca. Los gorriones se escondían del sol en los agujeros de las paredes. Un pobre se ataba los cordones de los borcegués, blancuzcos de polvo, en el escalón de la puerta de la iglesia...

Allí estaba la casa de don Salvador, con sus verjas pintadas de verde. Don Salvador era chaparrete y gordo. Chispeaban los eslabones amarillos de su cadena, de un lado a otro del pecho. Sus dedos se movían al hablar como uñas de mal azor destrozando plumas de gallo. Tampoco tenía dinero don Salvador. Tío Ángel, acobardado, triste, seguía tiritando por la calleja allá. Se hundían sus tristes miradas en el polvo, en el aire, en el agua del reguero, en las sombras temblorosas de la calleja, caricia de la piedra, del árbol, de las zarzamoras, de la empalizada a la humildad del camino...

Tío Ángel caminaba de prisa, gimiendo, como cuando se va a buscar al médico, al viático, a la vaca perdida. No tenía hazas de mies, ni carros de tierra en las laderas de los agreos, ni yerbas altas y finas del verano en las praderas de las tórtolas. Nada más que tenía un huerto de paredes bajitas, hechas con cantos del río, revestidas de yedras y de saúcos, con un piescal de pocas ramas y un abedul de corteza blanca, en el que siempre estaban los pájaros de fiesta...

Llamó en casa de don Andrés, en casa de doña Elvira, en casa de doña Encarnación. Allí tampoco había dinero. Nadie quería esperar a que él lo ganara en la época del esquila de los rebaños. Además, se reían de sus penas, de sus lágrimas. A él no le hacía falta leer. Era mejor que se entretuviera arreglando estirpias, majando terrones de besana, cortando leña, ayudando a su hija y a su yerno...

Y entonces volvió a su casa, temblando, despacio, cansado. Parece que le veo como si le hubieran espantado a pedradas, atravesando el madero del arroyo, enclavijados los dedos, con los ojos relucientes, con la boina atrás, enseñando el pelo de color de lino polvoriento o de nieve un poco pisada por abarcas y pezuñas.

Ya luego se iban a ir las golondrinas. El molino empezaba a trajinar con los granos nuevos...

3

Volvió a mirar entre las horcinas del suelo, en los cornejales, en el establo, en los pesebres, en el pajar. Los anteojos no aparecían. Quiso leer, un poco sereno, con esperanza, sin los anteojos, sentado en el cabezón puntiagudo del carro, con el libro muy cerca de los ojos... Pero no podía, no podía. En las páginas había cierzo que enturbiaba las letras, un cierzo como el del monte cuando no se ven las ovejas, las chozas. Estuvo allí un gran rato el pobre tío Ángel, con el libro en las rodillas, cerrado, los brazos cruzados, encogido como si tuviera mucho frío, mirando las piedras gitañas del suelo.

Ya iban cayendo las tinieblas sobre los campos. La aldea empezaba a quedarse dormida, en paz, como una vieja...

—¡Padre, padre!... Ya está la pulienta en la escudilla...

Tío Ángel no se movía de allí. Gotas de su llanto caían en el cuero de las tapas del libro. El cielo empezaba a hormiguar de estrellas. Él no pensaba en la pulienta, contento, como otras noches, ni en la impaciencia de los nietos que esperaban, sentados en sus taburetes redondos, a que el abuelo acabara de cenar para oír el romance de los tres pastores, el cuento de la vaca roja, la trova del peregrino que se encontró con Dios en el monte, tumbado en un campo de escajos. Nada más que pensaba en los anteojos perdidos, en los días tristes que iban a venir, sin poder leer...

Otra vez le llamó la hija desde el ventano:

—¡Padre, padre!... Que ya está fría la pulienta...

Tío Ángel se levantó del cabezón del carro y fue a acurrucarse ante la pusiega negra de la cocina, entre unos manojos de romero y de manzanillas olorosas, entre unas trencillas de serda sin terminar y un lío de trapos para remiendos. No tenía sueño ni hambre como otras noches. El

yerno hablaba de los trabajos que había que hacer en el invierno, de los árboles que había arrancado la rabia del río, del pleito del molinero con el regidor. Pero tío Ángel no oía nada. Miraba las brasas que se iban apagando en la ceniza y pensaba que los sus ojos sin lentes serían lo mismo que mozo sin alegría, campana sin majuelo, molino sin rueda... Cuando se levantó del taburete pintado de humo, para rezar, de espaldas al lar, ante la estampa de santa Ana, colgada de la pared negra, también pintada de humo, la hija hizo una seña a su marido, metió la mano en el seno y le enseñó los anteojos de tío Ángel. Los dos se rieron en silencio, malignos, contentos, mientras el pobre viejo se alejaba hacia su cuarto, triste, pensativo, más encorvado que otras noches, frotándose los ojos con los puños...

FIN